

751

nº 22



CRUZ EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

E. DEL PINO

CALLER

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid



INDICE

- Portada: CRUZ EN SANTIAGO DE COMPOSTELA.
NUESTRA PÁGINA DE HONOR.
VICTORIA
DESTINO.—HACIA TUS MANOS
AGUA ILUMINADA (Interior de los depósitos de Tempul)
VENDRÍA...—SILENCIO
ROMANCE DEL BUEN LABRIEGO
A JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS, DIVINIZADOR DE LA MADERA
NUESTRO PADRE SAN MIGUEL.
LA DAMA Y EL PASTOR. Versión de Villalunga del Rosario (Cádiz). Ilustración musical del Maestro Alvarez Beigbeder.
Teatro para leer: «EL VIAJE DEL JOVEN TOBIAS» CONSIGNA.
ENTREVISTA CON HENRI MASSIS. (Traducción de F. Montero Galvache).
CANCIONES
LA GRANDEZA DE LA FUTURA LITERATURA ESPAÑOLA. (Traducción de José Sanz y Díaz)
ALTO DESTINO DE ESPAÑA
«EPIFANÍA DEL TRABAJO»
«MISTERIO DE LA POESÍA»
VOZ INEFABLE.
LA CONDESA BEATRIZ
MI AUSENCIA
LA MISA DE DOCE EN SAN MARCOS.
ANTENA LITERARIA.
Los grandes libros españoles: «ISABEL LA CATÓLICA» ARCO
BIBLIOGRAFÍA. «Cántico de buen amor», por N. Sanz y Ruiz de la Peña.—«Dardo», Número a Marruecos.—«Unificación», «El Fugitivo».—«Cultura Nacional», Caracas. (Fotografías de José Fiallo)
- E. del Pino.*
«Cauces».
P. Pérez Clotet.
Enrique del Pino.
José M.^a Hernández-Rubio.
Francisco J. Martín Abril.
F. de los Ríos y de Guzmán.
F. Gómez de Travecedo.
P. Pérez Clotet.
Francisco Padín.
R. Sánchez Mazas.
Henri Poulain.
Francisco Montero Galvache.
Mario Puccini.
Jesús de las Cuevas.
Benjamín Ramos García.
Gonzalo de Valdaura.
José Antonio.
Pedro Montero Galvache.
Argimiro Aragón.
Luis Pérez Solero.
José Sanz y Díaz.
R. Sánchez Mazas.
Luis de Barja.

FOTOGRAFADOS F. E. DE SEVILLA Y S. E. C. N. DE SAN FERNANDO

NUESTRA HONOR
PÁGINA DE

Cuartel General del Generalísimo

Estado Mayor

Parte Oficial de Guerra correspondiente
al día de hoy, 1.º de Abril de 1939

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Burgos 1.º de Abril de 1939 Año de la Victoria.

El Generalísimo,

FRANCO



VICTORIA

Honramos hoy la página primera de este número, con la reproducción del texto final de la Cruzada. Jamás existió pluma que pudiese decir, con este expresivo y justo laconismo de palabras, la terminación de una empresa como esta que España acaba de realizar hace unos días. La trascendencia y alcance de una victoria así, no podía, en su comunicado mayor: el del Cuartel General del Generalísimo, estar a merced de una voz distinta a aquella voz altísima, que, como José Antonio predijo, se *nos había hecho familiar en las horas de peregrinación y lucha*. Cada noche, al filo ya de su medio tiempo, en la raya misma de la aurora donde se inicia el canto trémulo de los gallos, nos sorprendía la voz del Parte militar, mensaje en la obediencia y en el rumbo.

Don Francisco Martín Moreno iba con nosotros siempre. Y Fernández de Córdoba, que temblaba serenamente, aunque parezca extraño afirmarlo así, cuando leía la victoria de cada jornada.

Pero el último *Parte Oficial*, que lleva la fecha del 1.º de Abril, a los ocho días escasos de la llegada de la Primavera, ha sido justa coronación de todos los *Partes* anteriores, que constituyen una enseñanza insuperable para el futuro. Había que dar a ese comunicado de la terminación de la Guerra, todo el alcance que, simbólicamente, encerraba. Y lo firmó el Generalísimo: Capitán, Padre, Señor, Herald, Misionero, de toda esta empresa formidáble, en cuyo logro, Franco se ha cubierto de laureles, dignos de la perpetuidad del mármol y la lira. Lo firmó con toda su jerarquía, con todo el prestigio de su nombre. ¡Cómo habrá sonado ante el mundo este lacónico mensaje final!

Quienes desde la hora primera creyeron en nosotros, estallaron al aire — en las calles romanas y berlinesas — su aplauso, en júbilo preciso, como los hermanos que al fin de una ausencia se abrazan, para levantar

tar de nuevo la alegría de la casa solariega. Hubo una comunidad de criterio: y como el'os antes, Franco también ha ganado a España por el dolor, que en nosotros fué más hondo, porque Dios nos lanza a los brazos y las espaldas, las mayores tareas de resurgimiento. Pero aquellos otros que no supieron conocer a tiempo la verdad de nuestra conducta, habrán de encontrarse siempre con el orgullo español indomable, capaz de hundirse entre llamas antes que caer en la prevaricación y en el pecado.

España en el mundo fué siempre eso: una victoria coronada de asombro. Llevamos siempre a todos los rumbos y latitudes, el asombro de una actitud gigantesca y milagrosa. Esto, bien lo sabemos, no pueden perdonárnoslo los países democráticos. Pero contra ellos, íntegra y absoluta, España en este mensaje final de la victoria que nos anunció el 1.º de Abril nuestro Caudillo, impone su vieja trayectoria de conquistadora y madre, descubridora de mundos, capaz de haber dado a lo universal un Trento y un Lepanto, un Javier de las Indias, un Ignacio capitán y prior, un Juan de la Cruz, un José Antonio, un Franco.

Tenemos talla y equilibrio. Nada puede cortar esta marcha viva, intrépida y fecunda iniciada el 18 de Julio del 36 y redoblada el 1.º de Abril del 39. Es todo un ciclo dolorido que nos llama y convoca al gran fervor apostólico ignaciano. Hay que bautizar, incluso abriendo primero aquellos espíritus que, dentro de España, fueron cerrados por Rusia a la misericordia de una verdad eterna e indecible.

Esto simboliza el último *Parte Oficial de Guerra*, entre nosotros. Que cesó la guerra, pero empezó, ardiente y trémula, la batalla de Cristo, en todos los terrenos.

Unos pondrán las consignas y las órdenes. Nosotros, en la ruta invariable y cierta que desde nuestro «Lema» nos trazamos, pondremos, ante el nombre ungido de Francisco Franco, Capitán, Padre y Señor de la Patria, el íntegro servicio de nuestra obediencia y nuestra juventud.

«CAUCES»

Destino

1

Negros vientos te han traído
hoy, deshecha a mi regazo.

No fué la dulce mañana
en sus delgados azules,
ni el sol entre sus arenas.

No fué siquiera la mansa
brisa de la primavera.

Te ha traído, te tenía
que traer—alma profunda,
alma abandonada y sola—,
por veredas frías de nieve,
el turbio viento de Enero.

¡Cuántas veces te esperé
en el trino de las aves,
en el temblor de las rosas!

¡Cuántas veces desaté
en tu busca dulces mayos!

Yo no sabía que tu alma
vivía sin aves, sin rosas.

Hacia tus manos

2

Tus ojos llenos de tierra.

Tus manos llenas de cielo.

No me mires. Es mejor
que tus manos me golpeen,
azules, leves, altísimas.

Que tus manos transparentes
me hieran con saña el rostro.

Tus ojos debes guardarlos
—con sus negros horizontes,
con sus lentas luces pardas—
para el goce de tí misma.

Tus quietos ojos de olvido.

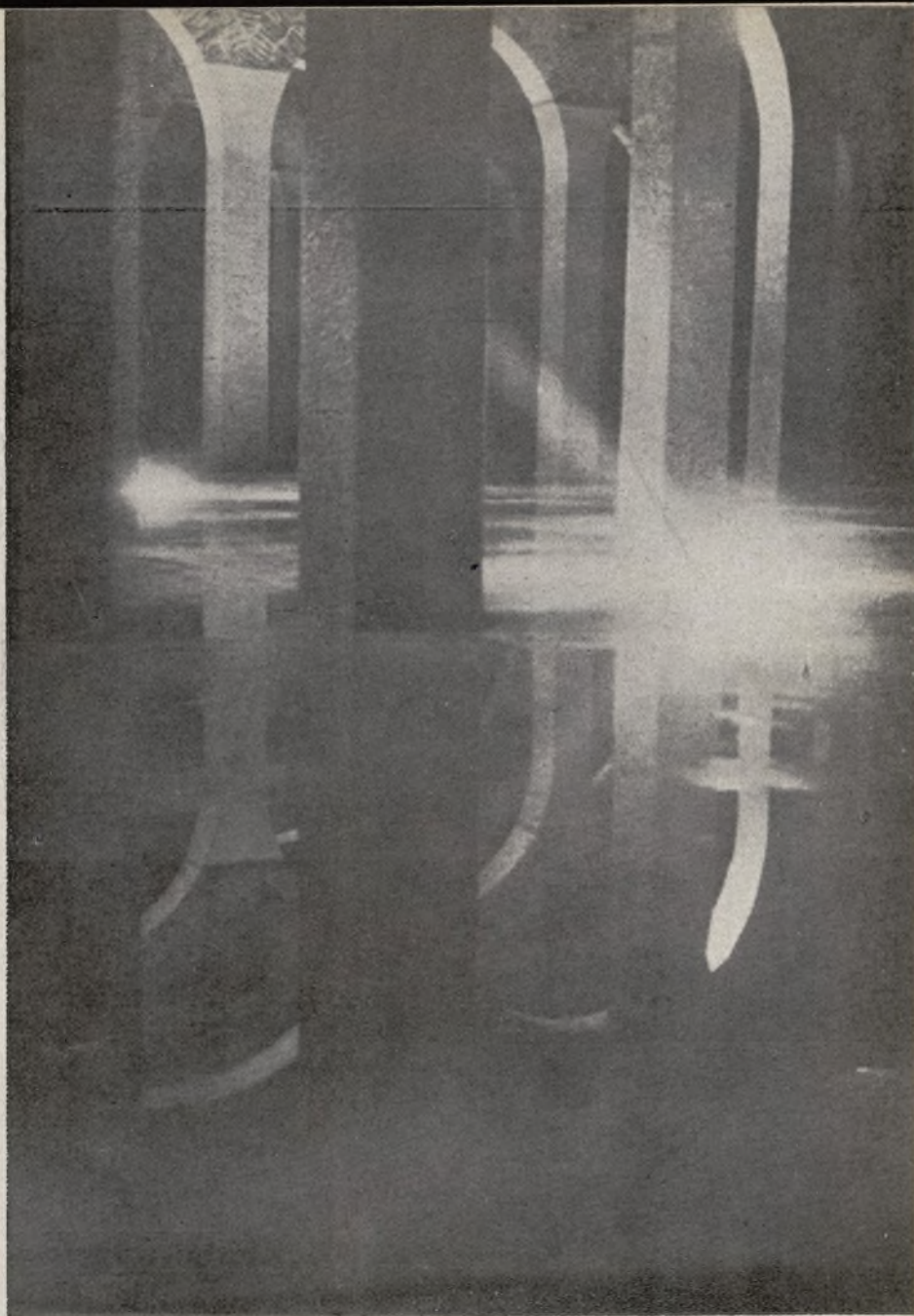
Mi salvación es el vuelo
azul de tus dulces manos.

P .

P É R E Z

C L O T E T

AGUA
ILUMINADA



Enrique DEL PINO

INTERIOR DE LOS DEPÓSITOS DE TEMPUL

Ayuntamiento de Madrid

Vendría...

Para A. D., en su cielo...

Por los caminos del aire
Vendría...
¿Sí?... ¿No?
— Toda su cara envuelta
En
Sonrisa — .
...Pero no llegó..
Quedé solo con la tarde.
Fina,
Estilizada, la niebla
Moría
En
Las copas de los árboles.
— Como ella, la tristeza
Iba,
Gota a gota, destilando
Mi esperanza, a otros soles
Partida — .
...El día
Se vá, insensible, cantando
Su música de la noche...
Y yo quedo... nostálgico
De la que no llegó.

Silencio

Silencio.
Unico,
Se oye el grito
De un pájaro
Que vuela
Por el camino
De oro
De las aguas,
Hacia el sol
Que declina bajo
Una nube pálida,
Y el rum-rum de una barca
Que navega
A un horizonte ignoto
De rosa y malva.
.
Silencio.
Absoluto silencio...
Y ya el astro,
Es tan solo,
Al infinito de la nada,
Como un casco
Gigante
De limón y naranja.

José María HERNÁNDEZ-RUBIO

Invierno.-1939

Ayuntamiento de Madrid

Romance del buen labriego

Por el campo de Castilla
—cielo gris, tierra mojada—
va el labriego hacia la aldea
envuelto en su capa parda.

Setenta otoños arrugan
la acuarela de su cara.

Sus hijos, mozos curtidos,
luchando están por España:
uno en el frente de Soria,
y otro en el de Guadarrama.

Pasito a paso, en su mula,
por la tierra castellana.

El viento le da en los ojos,
el viento le da en el alma,
dejándole en carne viva
las estrellas de sus lágrimas:
lágrimas que van a Soria
y al frente de Guadarrama.

¡Qué a gusto con su dolor
va el labriego hacia su casa!

Vena y surco, sangre y llanto
en la sinfonía parda.

¡Qué bien se amolda a su pena
la ondulación de su capal...

Sus hijos—brazos morenos—
eran cimienta en su casa;
viña y trigal de sus sueños
blancos de nieve y nostalgia.

Pero se fueron un día
a pelear por España,
que el árbol seco pedía
con urgencia nueva savia.

El uno se marchó a Soria,
el otro fué a Guadarrama.

¡Cómo brillaban los cascos
por la llanura dorada!

Solas quedaron las mieses
como novias olvidadas.

Vagaba suelto el ganado
entre oleaje de parvas;
y el buen labriego, orgulloso,
se sonreía y lloraba.

Tarde fué de noviembre,
sementera y otoñada;
se va acercando la aldea
tibia de paz y de calma.

Castilla ha vuelto a su cauce;
chopos rectos, tierras llanas,
Cruz en la torre del pueblo,
Angelus en la majada...

Serenidad en el aire,
pan bendito, lomas pardas.

Pasito a paso, en su mula,
por la tierra castellana,
—como un romance simbólico,
como clara vía láctea—,
qué a gusto con su dolor
va el labriego hacia su casa.

El viento le da en los ojos,
el viento le da en el alma.

Sus lágrimas van a Soria
y al frente de Guadarrama.

F r a n c i s c o J . M A R T Í N A B R I L

Valladolid.

A JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS,
DIVINIZADOR DE LA MADERA

Del mundo en el desierto honda cisterna
y áurea cuna del sol en toda hora,
trocaste de tu gloria con la aurora
la vida vegetal en vida eterna.

Viste de Nazareth la Rosa Tierna
de tus internos campos en la flora,
y el Lirio del Calvario en ti atesora
materno llanto en copa sempiterna.

Transfundiste la tierra con el cielo:
como a la arcilla Dios soplo divino,
diste horizonte al leño, alas en vuelo.

Y a ti el cincel de Praxiteles vino
con tu gubia a través de Donatello,
y abrió en el tiempo celestial camino.

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Ayuntamiento de Madrid

Nuestro Padre San Miguel

Acaso se dé a cada uno lo que deseó.

UNAMUNO.

Todavía hay cera caliente en los altares católicos por aquel Santo estudiantil recamado de luces, de oros oxidados y de silogismos.

Todavía arden cirios de nardos en memoria de Santo Tomás de Aquino. Grueso, sapientísimo, doctoral como un rey de Bizancio. Todavía flota en la mañana como una estela el gozo de la alegría escolar desbordada.

Santo Tomás, tiene en su poder las llaves que abren y cierran las clases. Santo Tomás es el Patrón de los días de asueto en la ventana del siete de Marzo. El Santo de las bancas, de los mapas, de los pupitres y hasta de los niños que no se han sabido la lección. Santo Tomás, es el Patrón dulce de los recuerdos juveniles. La hoja del calendario que no quisiéramos pasar nunca, porque nos trae a la memoria los años mejores de nuestra vida: Los años de la corbata y de las rimas de Bécquer. Los años del primer cigarrillo y del pantalón largo. Los años nostálgicos del primer tren en que salimos de casa. La primera ropa que dimos a lavar a la calle. El primer beso pagado con asombro. El primer bar automático. La primer gran visión del asfalto. La primera tesis de Derecho. Los años de las Universidades con discursos del Rector en el Paraninfo.

Solo que hoy, este día, este año de Guerra, Salamanca no tuvo ya tanto júbilo en las calles ni tanta luz en los cielos. No dió tampoco demasiado sol en las piedras barrocas de la Universidad grande, que fundó Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

Faltan los alumnos y falta el Maestro. Los alumnos que están en las alambradas: El Maestro, Michael Unamuno que ha muerto.

¿Muerto, Dios mío?

Contra toda lógica, contra toda razón, contra todo absurdo, nosotros vamos a negar al tacto esa suprema sensación de haber tocado la madera del ataúd con las manos. Vamos a negar que Michael Unamuno, el Santo laico, el arcángel de la Gramática, el Sabio torturado por eternos problemas metafísicos haya cerrado los ojos y se haya muerto así, sencillamente, muerto; como el más humilde tozudo de los bedeles que fueran a darle la hora a su Cátedra Salmantina de griego.

Nosotros creemos que Unamuno no ha muerto; en último caso que no se ha muerto del todo. Es decir, queremos que no se haya muerto. Porque nos hace falta, porque era insustituible, porque tenía el sentido y el pulso de las cosas heroicas en las venas; porque se había formado entre estudiantes y para estudiantes, porque era nuestro Rector perpétuo, porque lo necesitábamos todos los años para inaugurar el Curso académico en nombre de S. M. España. Porque habíamos pensado en él—luz de nuestra Universidad Imperial—a la vuelta de las Banderas. Y sobre todo, porque sabíamos que él tenía horror a la muerte; que él no hubiera querido morirse nunca.

«Si, uno no debe querer morir, pero la otra muerte».

A esa otra muerte es a la que él: Michael Unamuno, el hombre Miguel de Unamuno, no el Pensador cargado de sabiduría, le tenía tanto horror.

Y es esa muerte, la espiritual no la física, la que nosotros fiel a su memoria negamos.

No importa la fosa ni la partida de defunción. Por encima de todo, nosotros negamos que Michael Unamuno se haya muerto. Es decir no queremos que se haya muerto.

Y esto bien vale por un acto de fe. Y decimos como en el Evangelio: «¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!» (Marcos: 9-23).

Y puesto que vive, puesto que forma parte del nervio y de la substancia de las cosas que no se han ido del todo, acerquémonos un poco a su Vida y a su Obra. Con tacto, con cariño, con amor, con respeto y sobre todo con visión amplia, con generosidad de espíritu y sin afán clasificador de partidos.

Unamuno, era por encima de todo, un gran hombre. Y los grandes hombres no caben en ningún encasillado; están por encima de todos los ficheros del mundo. Y aún comprendiendo que se equivocó—¿quién sería capaz de arrojar la primera piedra?—acerquémonos a su Vida y a su Obra, apasionadamente con el santo fervor de la Verónica, a limpiarle la cara de barro a este nuestro Profesor calumniado. A este y grande y glorioso Michael de Unamuno del que podría decirse lo de Jesucristo a Pascal.

«No me buscarías tanto si no me hubieses ya encontrado».

O con San Agustín: «pues qué me buscas es que me encuentrestes».

Y en último término esto: Que las gentes antes de enjuiciarlo le conozca mejor. Que no digan es republicano porque firmó un manifiesto. Es laico porque pactó con las Democracias, es pacifista porque aceptó la Constitución. Estaba loco porque hacía pajaritas en el Congreso. Todo el mundo sabe y ríe eso de las pajaritas de papel. Lo que no saben ya tantos, es la intención con que Don Miguel de Unamuno, hacía en el Congreso esas pajaritas. No sabemos si nos quería dar a entender que la verdad sólo podía salir de un Concilio con la gracia del Espíritu Santo, y entonces estamos en la cima de la ortodoxia católica: Trento. O si era aquel elegante desprecio por los debates del Parlamento, un síntoma claro y rotundo del mejor estilo totalitario.

La Cruz de Unamuno; la Cruz de casi todos los grandes hombres es la contradicción; él lo sabía: «La vida es una perpétua contradicción».

Lucha entre el corazón que afirma y la cabeza que niega. Duelo entre el sentimiento y la inteligencia, entre la materia y el espíritu, entre la Razón y la Fe. Entre la creencia y la duda. ¿Y esta brecha cómo se salva?

Esto es lo horrible. Esto es el Gran Problema. Un escolástico lo arreglaría todo en un minuto y con una sola palabra: Cree: ¿Pero esto es posible a todos? Esto es, la Fe implícita, «la fe del carbonero», la fe de las almas sencillas; la fe que no logró alcanzar nunca Nietzsche.

¿Y por qué no?

He aquí el nudo gordiano. ¿No es la fe, según San Pablo, un don, una gracia de Dios? ¿No es Dios mismo quien la distribuye a cada uno?

En esta altísima y divina distribución, unos alcanzaron más que otros.

¿Por qué?

¿Por qué un Voltaire y una Santa Teresa? ¿Por qué un Nietzsche y un San Juan de la Cruz?

¿Por qué no a todos y en todos la certeza absoluta y heroica de Tertuliano: «es cierto, porque es imposible».

Y otra vez el Evangelio; otra vez a suplicar a Cristo, como el padre de aquel muchacho poseído por los demonios.

¡Señor, creo, ayuda mi incredulidad!

Esto es: tengo que creer, necesito creer, quiero creer. No me dejes, Padre. No me dejes!

Y acaso Dios nos oiga y nos haga otra vez creer y rezar; acaso nos haga otra vez ingenuos y sencillos como niños.

Y como niños nos conceda la gracia de estar a su lado en el reino de los Cielos.

«En verdad os digo que si no fuéis como niños no entrareis en la Casa de Mi Padre» (Mateo, 18-3).

¿Y el cerebro? ¿Y la lógica? ¿Y la inteligencia? ¿Y la ciencia y la razón que protestan?

Hay que humillarla, hay que hacerse humilde, ingenuo, pequeñito.

«Renuncia a todo y todo se te dará por añadidura», dice el Kempis.

«No seas y serás más que todo lo que es», dijo Fray Juan de los Angeles en sus Diálogos de la Conquista del Reino de Dios.

Y ahora la ofensiva contra la calumnia. Una ofensiva divina.

Primera acusación: Unamuno laico.

Un hombre se prueba y se define por sus palabras, por sus hechos,

por su conducta; por todo lo que ha dicho o ha escrito. Pues bien, de su obra cumbre, del «Sentimiento trágico de la vida», son éstos párrafos angustiosos del pensamiento de Miguel de Unamuno. «Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba. Hay que creer en esa otra vida acaso para merecerla, para conseguirla: hay que anhelarla sobre la razón, y si fuera menester contra la razón».

Segunda acusación: Unamuno republicano. ¿Estáis seguros?

«La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición es la memoria colectiva de un pueblo».

Perder la tradición es perder la memoria. Y luego por si no estaba claro esto otro: «Ni a un hombre ni a un pueblo se le puede exigir un cambio que rompa su unidad, su destino y su continuidad».



¿Y el 14 de Abril? El 14 de Abril es eso; una contradicción. Y una contradicción de la que se alejó bien pronto crucificado de amargura.

«¡Me duele España!» Había dicho él cuando vió que su República, la República de Platón; la República de Profesores que él soñó un día, pactaba con el barro sucio de los golfos del Puente de Vallecas.

«¡Me duele España!». Y los que estaban a su alrededor no lo entendían.

Hubo quien creyó—Cordero Bell—por ejemplo—, que lo que pedía Unamuno era que le subieran el sueldo en la Cátedra.

Tercera calumnia. Unamuno materialista. ¿Materialista?

«Debemos aspirar a lo imposible. El que no aspire a lo imposible apenas hará nada que valga la pena. Debemos aspirar a lo imposible, a la perfección absoluta e infinita y decir al Padre: ¡Padre, no puedo, ayuda mí impotencial, y él lo hará en nosotros».

Y ya no queda más que redimir lo de la última calumnia, de la calumnia del pacifismo. Y he aquí con respecto a la Guerra el pensamiento de Unamuno.

«La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos y les ha hecho conocerse y quererse. La guerra es en su más estricto sentido la santificación del homicidio».

Y ahora, limpio, exacto y reivindicado, de Unamuno, de nuestro inmenso y glorioso Miguel de Unamuno, ¿qué queda?

Queda su huella y su gloria; su obra cósmica que no puede morir. Queda su hambre de eternidad y su esfuerzo de haberse dado íntegro a España, al servicio del pensamiento y de las letras de España y del Mundo.

Queda su rayo de luz en la Leyenda Negra. Queda su nuevo y fecundo descubrimiento del Quijote; con unas dimensiones tales que acaso Cervantes mismo ni sospechó siquiera.

Queda haber hecho del Libro inmortal, una Ética y una Filosofía, una Metafísica y hasta una Religión: Una Religión Nacional.

Queda sobre todo haber descubierto, que es la pasión y muerte del Caballero de la Triste Figura, la pasión y muerte del Pueblo Español. Su muerte y su resurrección. Porque Don Quijote no ha muerto del todo.

«Murió un Don Quijote, pero el otro se quedó aquí entre nosotros luchando a la desesperada».

Gracias a Dios aún quedan Quijotes por el Mundo, y acaso eso del 18 de Julio; eso de haberse levantado Franco contra el Comunismo del Mundo no sea en el fondo más que una magnífica Quijotada. Una locura Divina.

¿Locos? También decían que Cristo estaba loco, y eso mismo le dijeron a San Pablo cuando compareció ante el Rey Agripa: «Estás loco, Pablo, las muchas letras te han vuelto loco». (Hechos: 26-2).

Y un loco era también José Antonio.

El Alzamiento al principio fué eso, una locura. Una locura de la conciencia Nacional sublevada contra tantas injusticias de la República.

¿Dónde van esos locos? Clamaba Indalecio Prieto desde un balcón de Madrid con los Estandartes cogidos en el Cuartel de la Montaña. Lo tenemos todo.

¿Dónde van esos locos?

Pero ya nada ni nadie era capaz de detener la marcha arrolladora de nuestras Juventudes y de nuestras Banderas.

Una vez más contra la lógica, nos salvaba la poesía; la Poesía es la que ha ganado siempre en la Historia.

Ahora desde arriba, desde la serena inmovilidad de la muerte, sépalo o no lo sepa; quiéralo o no; incorporado a nuestro espíritu y a nuestro Movimiento, en este retorno de los fusiles, Unamuno viene también con nosotros. Lo necesitamos para abrir todos los Cursos Académicos en las Universidades de España. Es nuestro Rector perpétuo de Salamanca.

Nuestro Rector Imperial. ¡No nos deje Michael Unamuno, ahora que pronto van a volver las Banderas!

¿Era esa su misión en la tierra? ¿Acertó? ¿Se equivocó? ¡Y esto quién puede decirlo! ¿Quién sino Dios tiene la clave de todas estas cosas? El Hombre Miguel Unamuno, cerró los ojos en Salamanca y se murió con sus dudas, con sus afanes, con su inmensa hambre de sobrevivir, eternamente. Cumplía así su destino de Hombre: era de la tierra y volvía a la Tierra.

El otro: el Filósofo, el Pensador, el Poeta; «Nuestro padre San Miguel de Unamuno», subió a los Cielos y se abrazó con D'Anunzio.

El Arcángel del Verso, saludaba al Arcángel de la Gramática.

¡Bienvenido Michael Unamuno!

Y ahora tú, yo, el otro; nosotros los hombres que vivimos y nos alimentamos de su obra, de sus pensamientos, de sus ideas. Nosotros que no volamos tan alto, nosotros que nunca llegaremos a tocar su sombra. ¿Cómo vemos claro, claro como la luz del día que este hombre, Michael Unamuno con toda su inmensa sabiduría, perdió el camino? Se equivocó ¿por qué, Dios mío?

Y hay un versículo en las Escrituras que acaso pueda darnos la clave. Un capítulo de los Evangelios que a mí me causa un profundo y enorme respeto leer. Es el (3-19) de la Epístola a los Corintios.

Y en él están estas terribles y eternas palabras: «La sabiduría de este Mundo es necedad delante de Dios; pues está escrito: prenderé a los sabios con sus propias redes».

Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO

Monterrubio.

LA DAMA Y EL PASTOR

Versión de Villaluenga del Rosario (Cádiz)

Una versión muy parecida a la que aquí damos, de la conocida canción—romance por su origen—«La dama y el pastor», fué publicada por «Fernán Caballero» en su novela «¡Pobre Dolores!». Menéndez y Pelayo, en el tomo X de su «Antología de poetas líricos castellanos», dice que la canción recogida por «Fernán» es seguramente una forma degenerada del primitivo «Romance de una gentil dama y un rústico pastor» y de la glosa de Alonso de Alcaudete, que comienza:

*Llamábalo la doncella
y dijo el vil:
al ganado tengo de ir.
Llamábalo:—Ven, querido,
porque te vas a perder,
ven acá, desconocido,
y tómame por mujer.
—No lo puedo eso hacer,
dijo el vil,
al ganado tengo de ir.*

Y en el tomo XII de la misma obra, refiriéndose al famoso villancico que glosó Alcaudete (primera mitad del siglo XVI), hecho a imitación del citado bellissimo romance, escribe, puntualizando más: «De este villancico y sus glosas, más bien que del romance primitivo, parece derivarse un diálogo, a manera de «tenzó», del cual se han recogido en la tradición oral de Andalucía varias versiones, habiéndole popularizado Fernán Caballero entre todo género de lectores». Además de la glosa de Alcaudete, que Menéndez y Pelayo transcribe, pueden verse otras varias en Cejador: «La verdadera poesía castellana» (Floresta de la antigua lírica popular), tomo VII, en el que también se incluye la canción publicada por «Fernán Caballero». Por su parte Menéndez Pidal ha subrayado («Los romances tradicionales en América») la semejanza existente entre ésta y una versión moderna recogida por él en Chile. Puede tener, pues, interés la versión que ahora publicamos, para su comparación con la de «Fernán» y otras andaluzas. «La dama y el pastor» se cantaba antes mucho por toda la Sierra de Cádiz, con ligeras variantes en cada lugar. En Villaluenga formaba parte obligada del repertorio folklórico navideño.

P. PÉREZ CLOTET

LA DAMA Y EL PASTOR (1)

—Pastor, que estás en la sierra—comiendo pan de centeno,
si te casaras conmigo,—lo comieras blanco y bueno.
—No quiero tu rico pan,—responde el villano vil;
tengo el ganado en la sierra—y a verlo tengo que ir.
—Tienes tu ganadería—comiendo en campos pelados;
si te casaras conmigo,—comieran en ricos prados.
—No quiero tus ricos prados,—responde el villano vil;
tengo el ganado en la sierra—y a verlo tengo que ir.

--Pastor, que estás en la sierra--durmiendo sobre peñones,
 si te casaras conmigo,--durmieras sobre colchones.
 --Yo no quiero tus colchones,--responde el villano vil;
 tengo el ganado en la sierra--y a verlo tengo que ir.
 --Pastor, que estás en la sierra--durmiendo sobre retamas,
 si te casaras conmigo,--durmieras en linda cama.
 --No quiero tu linda cama,--responde el villano vil;
 tengo el ganado en la sierra--y a verlo tengo que ir.
 --Pastor, que estás en la sierra--durmiendo sobre tu vara,
 si te casaras conmigo,--durmieras sobre mi cara.
 --No quiero tu linda cara,--responde el villano vil;
 tengo el ganado en la sierra--y a verlo tengo que ir.
 --Si te casaras conmigo,--mi padre te diera un coche,
 «pa» que vinieras a verme--los domingos por la noche.
 --No quiero tu lindo coche, - responde el villano vil;
 tengo el ganado en la sierra--y a verlo tengo que ir. Y adiós,
 y adiós, que se va el pastor.

(1) El estribillo «sí, sí» con que se canta y los versos que se repiten, van indicados en la música.

ALLEGRETTO

LA DAMA y el PASTOR

PAS - - TOR QUEES - TAS EN LA SIE - RRA CO - -

MIEN - DO PAN DE CEN - - TE - NO PAS - TE - NO SI

TE CA - SA - RAS CON - - MI - GO SI, SI, LO

CO - ME - RAS BLAN - CO Y BUE - NO SI, SI, LO

CO - ME - RAS BLAN - CO Y BUE - NO

Fin

La transcripción musical ha sido hecha por el maestro Alvarez Beigbeder.

“El Viaje del Joven Tobías”

«He aquí, camaradas, esta comedia de milagros que un escritor joven y sin renombre, novicio en artes de la Dramática, os ofrece; de la que, como fué costumbre en buenos tiempos del Teatro, se hace ahora presentación y alabanza».

Esto dice Gonzalo Torrente Ballester, en unas líneas que sirven de introducción a su obra—«milagro representable en siete coloquios»—«El Viaje del Joven Tobías». Y a fuer de sinceros, que no parece la obra de un principiante, sino la de un hombre curtido y avezado ya en cuestiones dramáticas, porque en «El Viaje del Joven Tobías», «hallaréis—escribe el propio autor—virtudes y no pocos defectos. A impericia los achacaréis y a la dificultad del tema». Excesiva modestia la del señor Torrente Ballester al expresarse así, pues por encima de esos defectos—¿quién no los tiene?—sobresalen sus virtudes, sus muchas virtudes. Una de ellas, la honradez literaria. Y no se crea que escribir honradamente, es cosa muy sencilla. No. La honradez literaria, es patrimonio de pocos; es patrimonio de los selectos.

«El Viaje del Joven Tobías», es obra nada común. «Quiérese reanudar, hoy y aquí, una excelente tradición, no por perdida menos gloriosa; y valiéndose de fábula inspirada en antigua y respetable historia, comunicaros conflictos oscuramente incorporados a vuestras vidas, y que los tiempos nuevos proclaman de solución urgente y necesaria; que ésta es, entre otras, la tarea del Teatro: llevar al hombre clara conciencia de su persona, revelándole su ser externo e inmutable, descubriéndole a sí mismo, o en el tejido fervoroso de su pasión, o en el cálido secreto de su pensamiento vivo». ¿Qué mejores palabras, sino estas del propio autor, para comprender el alcance de su obra?

Hubiérale sido fácil, sin duda, rebuscar en el manoseado mundo de los argumentos uno cualquiera de ellos, muy en consonancia con los gustos y predilecciones del público en general. Su obra entonces, tal vez hubiera sido un éxito de taquilla, un éxito grande. Pero entonces también, se hubiese resentido en eso que dijimos antes de la honradez literaria. Y Gonzalo Torrente Ballester, ha sacrificado el éxito de taquilla, el éxito fácil, de público, por el éxito artístico. Ha querido escribir para el arte y eso le enaltece sobremanera.

Y no nos vengan los descontentadizos con frases como ésta: «El Viaje del Joven Tobías», tiene demasiadas influencias de otras obras y de otros autores. No. Torrente Ballester, ha escogido un tema bíblico, del dominio y conocimiento de todos, para su «milagro representable»; ha vuelto a lo antiguo—magnífica visión de lo que ha de ser el teatro en España—y de allí proceden sus materiales. «A este propósito quiero deciros—escribe—que si nombres y trama os recuerdan

la hermosa y edificante historia aludida, no penséis, ni por un momento, en una interpretación libre e irrespetuosa: nada más lejos de la intención del Autor, que si tomó la trama y conservó los nombres, sólo a la belleza y a la oportunidad para su propósito fué debido».

Mérito grande de esta obra, es el diálogo correcto y en ciertas escenas, cuando la acción dramática así lo requiere, conciso y rápido. En otras, se reviste de un ropaje fuertemente lírico, y siempre, en cualquier momento, bello y entonado. Resultaría pues, ocioso, ponerle reparos, que si los tiene, son obscurecidos por sus aciertos indudables.

Y ahora, una pregunta que seguramente se harán muchos lectores. ¿Por qué, «El Viaje del Joven Tobías», pertenece a lo que pudiéramos llamar muy bien, teatro para leer? Nos explicaremos. Tiene la magnífica obra de Gonzalo Torrente Ballester, una especial arquitectura, que la hacen no asequible a los públicos indoctos. Por eso, su representación en un escenario, que acarrearía además muchas dificultades en cuanto a la postura escénica, no es la más indicada y a propósito. En cambio, la lectura, sí. Por ella, el espectador—lector en este caso—libre de todos esos factores complementarios como son el decorado, efectos de luz, apariciones y desapariciones de personajes, y, en general, de los diferentes trucos del movimiento escénico, complicadísimo en la obra de que se trata, no se deslumbra, ni se desvía su atención, por la forma más o menos vistosa y atractiva del espectáculo, sino que reconcentrándose y aislándose de lo superficial, de lo externo, percibe mejor el fondo de la obra.

Pues con ser muchas las bellezas que contiene «El Viaje del Joven Tobías», existe algo más para nuestro contento: la promesa, el augurio feliz de un gran autor dramático; de un gran autor, que nos ha prometido solemnemente mejorarse y ofrecernos «otro día trigo maduro, dorado por el sol del estío, más agradable y sabroso que éste—un poco agraz, amargo e imperfecto aún—del «Joven Tobías». Así lo esperamos y así lo exige el porvenir de nuestra dramática.

F r a n c i s c o P A D I N

CONSIGNA

“Es triste, hasta la última amargura, mirar a un Caudillo muerto. Pero es mucho más triste aún contemplar a los hombres como muertos para el Caudillo vivo y victorioso.”

R. SANCHEZ MAZAS

Lección de la OBEDIENCIA: Zaragoza.



Entrevista

con HENRI MASSIS

Henri Massis, cuyo último libro «Jefes» publicado por la editorial Plon, de París, es una obra de un interés extraordinario, parece al pronto, sorprendido ante mi deseo de celebrar con él una conversación. Con cierta timidez, sonriente, me interroga: «¿Es necesario?» Esta palabra lo explica todo: este hombre es de una extraordinaria sencillez ¿y quién podría desviarlo, siquiera un momento, de su camino de modestia?

«Jefes» es una obra esencial, en la que varios países de la nueva Europa aparecen exactamen-

te analizados, sobre la base de los acontecimientos habidos en estos últimos días. Es una maravilla de claridad que su autor ofrece al público que lo estudie. Cruzado infatigable al servicio de la latinidad, Henri Massis merece que a sí mismo se le aplique el título de uno de sus libros: *Defensor de Occidente*. Al hablarle del fervor despertado por su obra entre algunas juventudes francesas y del vigor con que sus páginas están trazadas, me responde con estas deliciosas palabras:

—Al menos, podemos tener un sujeto magnífico para nuestra conversación. Yo tengo siempre un deseo profundo de evocar a España.

«Jefes», además de ocuparse con detalles de los actuales Jefes de Europa, contiene la magnífica narración de una entrevista celebrada por su autor con el general Franco. Al hablarle de esto, Henri Massis va, gradualmente, animándose. Este ilustre literato de la nueva Francia, amigo de España en todas sus obras, tiene la grave e impresionante silueta de un fraile, la mirada ascética y el gesto preciso y sobrio, y sus ojos, grandes y negros, hablan de austeridad y de una intensa vida espiritual que lo abrasa:

—Desde muy antiguo, yo sentía el deseo de conocer España. He seguido ahora su movimiento liberador con una pasión constante. España—y esto he podido comprobarlo en mi viaje—, está sustentada por el valor de sus hombres y de toda su cultura, y así, las almas unidas a estos valores, pueden en España tener una esperanza inmensa.

¡Cómo ha comprendido Henri Massis este carácter español!

«Este sentimiento de su propio valor, es esencial—me contesta—, el pueblo español ha llegado a perfeccionarse hasta el punto de no sentir más que un ancho desprecio para la vida, cuando el materialismo parecía triunfante». Allí se siente vivo, esto que Barbey D'Aurebilly, en una ocasión inolvidable, llamó el sacerdocio de la épica.

Henri Massis, escritor católico, dió por título a su capítulo acerca de España, estas palabras: «Franco, soldado de Dios».

—¿Quiere usted hablarme de su entrevista con el Jefe de la nueva España?

—Yo sentí una incomparable emoción al encontrarme delante de este hombre de mi misma fe, de mi misma raza, de mi mismo corazón, de mi misma lengua, de la misma sangre que los nuestros, y lo creo, sin duda, elegido por la Providencia para la realización de estos afanes. La sencillez del General Franco es clarísima: me atrajo muchísimo la convicción que tiene del deber, cristiano y español, semejante a un Caballero de otra Edad, clásico y altivo, con una bondad españolísima, que, en algunos momentos, adquiere la vivacidad de un joven luchador.

Henri Massis, igual que Maurrás, ha sido cautivado por el sólido relieve y prestigio de las reformas sociales ya efectuadas.

Henri Massis lo ha señalado así:

«En esta carta del trabajo, que tiende a la desaparición del viejo concepto del *proletariado*, se observa bien su integración completa y rápida, por el desarrollo gradual y continuo de su nivel de vida, que acerca al obrero a nosotros».

—«Franco me ha hablado con su calor entusiástico de la juventud de su país. Combatir y tener veinte años en la España de Franco, lo dice todo. Se combate para la Patria, no por el partidismo; para la Religión, para la familia, para la propiedad natural, no para el capitalismo egoísta, para defender los derechos y la dignidad de la persona humana, no para los privilegios de clases o de grupos».

Henri Massis termina:

—La España nueva funda su destino sobre el hombre: «La integridad espiritual y la libertad del hombre, son valores intangibles, me afirma con vigor el General Franco. España, para la latinidad, es pues, una firme y segura esperanza».

Doy fin a mi entrevista con este hombre, de la línea de aquellos que fueron clarividentes y cuyas obras nos dieron la luz de la verdad: Maurrás, Bainville, Claudel, Doriot ..

Para despedirme, con su voz dulce, grave y firme, me repite la gran afirmación de Pégny:

—«Nada es tan bello como el espectáculo de un pueblo que por sí solo quiere levantarse, en un movimiento interior, para el resurgimiento profundo de sus tradiciones y para una reafirmación de los instintos sagrados de su raza».

—¿No es esto, toda España?... repite Henri Massis.

H e n r i P O U L A I N

Traducción: F. Montero Galvache

París.



Hay un calor de espigas en la era,
para el descanso nuevo de mis ojos.

Hostia de oro consagrada al viento,
para mi sed de caminante solo.

Es un aire indecible:

va sonando

dentro de mi, como un celeste coro...

¡Aquí bendije, amor, tu primavera,
cerca de Dios, en inefable modo!

F r a n c i s c o

M O N

Ayuntamiento de Madrid



Enrique del Pino.

Para que Dios bendiga mi silencio
ya tengo, en flor, la vida preparada.

Bajo esta cruz que espera en el camino,
sobre la senda que su luz señala.

Es el tiempo preciso:

nueva aurora,

para el dolor que hacia el olvido pasa...

¡Aquí las ramas del pecado fueron,
por el amor, al aire deshojadas!

N T E R O G A L V A C H E

Ayuntamiento de Madrid

LA GRANDEZA DE LA FUTURA LITERATURA ESPAÑOLA

El ilustre escritor italiano Mario Puccini, publicó hace algún tiempo en «IL POPOLO D'ITALIA» una interesante crónica titulada «LITERATOS DE ESPAÑA», en la cual, después de ocuparse de aquellos escritores más o menos famosos que se han acogido a la hospitalidad de las naciones americanas, ausentándose vergonzosamente de los campos de batalla de España, ignorando o fingiendo ignorar el gran drama que día a día ha vivido el pueblo español, escribe:

«Una revolución, primero; una guerra, después, ya podéis comprender qué es lo que puede hacer cuando hay fermentos de este género en juego. ¿Qué era ayer la literatura española? Aparte de algún anciano, inflamado todavía en sus lejanas, pero no apagadas pasiones políticas, un Unamuno, un Pío Baroja y alguna otra excepción, los escritores de España permanecían más bien ausentes en el pasado inmediato, de los problemas de la raza y de la vida española. Comediógrafos, poetas, vivían y escribían más como europeos que como españoles. Pero, mañana no será así; mañana, tanto estos escritores que han vivido la epopeya heroica como los que solamente la han visto vivir, los muy jóvenes, no se preocuparán más que únicamente de los fantasmas de la propia imaginación. A lo menos en los primeros años del renacimiento no habrá escritor que no se torture con sus recuerdos, con sus emociones de ayer, con lo que ha sido por más de dos años su preocupación desesperada de hombre y de español. Una literatura nostálgica, una literatura lírica, una literatura impregnada de sentimiento elegíaco.

¿No sucede lo mismo entre nosotros? ¿Y en Francia y en Bélgica? La guerra, la sangre, la lucha; el hombre no sabe, no puede olvidar; mañana irá más allá pero el primer paso lo dará estrechamente ligado por aquel período excepcional de su vida y de su historia; él no sabrá inventar mañana y no sabrá volar en las alas de un abandono hecho solamente de sueño.

Una literatura, pues, de recuerdos, de sentimiento elegíaco; pero no podrá ser una literatura crepuscular, una literatura anémica. Aunque contagiada de una cierta fatiga, habrá en ella siempre el orgullo de haber dado, de haber sufrido, y ello la preservará del peligro de convertirse en morbosa y muerta. Y hay, además; habrá, mejor dicho, otro hecho; el escritor sentirá que aquel pasado habrá de ser sucedido por un digno presente, y por un más digno futuro. Tanto consumo de fuerzas, tan heroicos esfuerzos, reclaman un resultado imperioso, exigen un mañana tan sustancioso y viril como el ayer; y un lenguaje correspondiente. No es posible, ni aún técnicamente, ni estilísticamente, que se escriba y que se exprese mañana como se escribía y como se expresaba ayer.

Poetas o narradores, ensayistas o filósofos, encaminarán sus investigaciones, dirigirán su ímpetu hacia este camino; con toda su retórica de ayer, tanto la que se refería a la mesiánica conquista de una idea nueva, como la que aspiraba fatigosamente a salvar las viejas y gastadas, será abandonada, o, tal vez ironizada.

Quizás nos equivoquemos, pero la voz de la nueva literatura que nacerá de la victoria, será toda sustancia y grandeza, toda potencia y castidad; difícilmente podrán revelarse mañana escritores preciosos, escritores sólo excelentes. Una nueva sintaxis espiritual, aún antes que una nueva sintaxis gramatical, será inaugurada y con ella y por ella, también literariamente. España dirá todavía una alta y magnífica palabra.»

(Traducción de José SANZ Y DÍAZ).

Alto destino de España

Con dolor de sangre y espíritu dispersos—en mortificación y ascetismo militar—crucificando a veces deseos e ilusiones, toda España lleva sobre sí y sabe cumplirlo, un largo destino divino y encargado, de verdadera providencia vigilante. En realidad nuestra Historia abierta a cualquier mirada, es sólo eso. Una espada católica, una armadura de fe, puesta al servicio de Dios, en defensa de su religión y de su nombre. Y un pensamiento de acción que le da vida y movimiento en el siempre avanzado puesto de la espiritualidad cristiana y romana en el mundo. A este pensamiento, a esta virtud de ser elegida, corresponden nuestros principios y nuestro tiempo histórico. Nuestro más recio estilo de santos guerreros y místicos poetas. Los que fraguan una y otra vez sobre el yunque de su propia carne—este nuestro guerrear eterno, en el que la Cruz encuentra siempre o brazos que la lleven o pechos que la defiendan. Y mentes de iluminados, de limpio espíritu al borde de toda materia para comprenderla y amarla apasionadamente, haciéndola sentir y amar al mismo tiempo.

Desde las celdas austeras o desde las almenas brillantes, fué de allí, en fuego de sabios teólogos y encendidos guerreros, de donde surge esa llama de fe—alta llama del valor de fe—necesaria para convertir a la herejía de fanática a rescoldo apagado de vacilantes y luteranas cenizas que nuestro viento de verdad hiende con sus lenguas de aire, esparciéndolas y humillándolas.

Santo viento de sangre, español y católico. De Lepanto y de Mülbergh. Por mar y por tierra ¡Tantas galeras y lanzas, Señor, en el mejor oficio de España, en la más clara voluntad de defensa y de servicio de España!

Con él mueren—morir es vivir—«morir así viviendo», los capitanes y soldados del César Carlos. Emperador de Destinos y de Glorias.

Es el milagro de tener mártires, en pleno Renacimiento Papal y decadente. Cuando los más dudan, aquí se lucha y se muere sin una duda, casi sin pensar lo siquiera. Con la alegría de lo que se cumple por mandato divino y la seguridad que sólo brinda el triunfo del sacrificio y la invariabilidad de un sólo y único pensamiento.

Como en aquel otro viento de la discutida y presentida Trento, en el gran corazón de Italia y entre sagradas guerras sacramentales. Cuando la sombra oscurece la luz y el engaño pervierte a las inteligencias, en el momento amargo de esta noche negra de Europa,—oid, allí, teólogos del mundo—la voz del limpio pensar, la enronquecida voz de España. De tanto gritar la suprema verdad a los cuatro mármoles de un firmamento renacentista y falso, o de sostener el edificio papal, que amenaza derrumbarse entre cónclaves y ciudades que le tienen envidia a Roma.

Porque para España no existen obstáculos cuando del cristianismo se trata. Comprende perfectamente su papel, el por qué está en el universo. Y «para qué» como resúmen de todas sus acciones. Así lo dicen y cantan sus monjes dentro de la soledad pensativa de sus celdas. Donde meditan

«cómo se pasa la vida y se viene la muerte»

tan en silencio, tan callando. Al ejemplo de Jorge Manrique o de aquel Berceo, candoroso y primitivo, como exaltado cuando de la Virgen y de sus milagros se trata. De Nuestra Señora, a la que un rey compone cánticos y otro, en una estatua pequeña, la lleva guerreando en el arzón de su montura.

Dios sabe premiar este desvelo apasionado de todo un pueblo por su nombre, poniendo su dedo y guía celestial en las mentes calenturientas o en las manos pálidas de nuestros primeros pintores e imagineros. Enseñándoles retazos de cielo, visiones de su gloria y majestad suficiente, para que reanimándoles en un éxtasis de inspiración divina, puedan transportarlas vivificando sus formas, al bastidor de tela, al caballete impaciente o a la madera atormentada. Pocas naciones tienen tanta variedad y expresión de Cristos agónicos o de Madres Dolorosas. Su dolor y su martirio, entre las ágiles gubias de nuestra imaginaria, tiene algo de sobrenatural, de eterno, que impone y que asombra. Se necesita de ese auxilio—espiritual y divino—para trazar también el milagroso gótico de nuestras catedrales, que parece más bien una huida de la forma, de la materialidad de la forma hecha agujas de piedra,—flechas a lo alto—y pilares o cúpulas de exasperados contornos.

Es la fe... Excelsa fe de Colón, que le crea tierra, aunque allí al otro lado del Océano, no hubiera existido nunca. Cuando las tres naves, con sus tres velas y sus tres cruces, son tres versos también—hinchidos de poesía esperanzada—del mejor soneto católico, imperial por español e isabelino. Para emprender la conquista del espíritu—en honor de Isabel—misionera del ideal y de las buenas empresas.

Por desgracia, en estos siglos últimos, con una prontitud que señala preparación de judaicos y fariseos, todo el destino de España ha querido ser trocado. Se ha querido abjurar de nosotros mismos, de nuestra propia existencia. Para buscar un nuevo y envilecido camino que falsee el pasado y el presente de nuestra Historia, el cimiento de toda espiritualidad. Cambiando la cruz por el gorro, el catecismo por la novelista alta y a los congregantes por los pioneros. Y lo que es misión de artesanía—santo sudor de oficio—por agonía de proletarios, hechos carne de pistola o polvo de suburbios.

Este sendero desviado no ha durado mucho. Aún vive como vivirá, la esencia pura y católica de España. Y como cumplidores de ella, nuestro Franco y nuestros muertos—mártires de este calvario de redención universal—han echado al aire las antiguas campanas.

En realidad, por ellos, la cruzada que España ventila en la Historia, encuentra invariablemente su razón de ser, su sentido profundo e interno. La explicación cierta de su nacimiento. En el volver y seguir nuestro olvidado destino propio trazado de antemano, y alcanzar lo ya dispuesto, acatándolo en su honor, con el más duro sacrificio de la carne y la más clara sonrisa entre los labios.

J e s ú s D E L A S C U E V A S

“Epifanía del Trabajo”

¿Y cómo hemos de negar que el Mundo está y ha estado siempre convulsionado por problemas distintos siempre y siempre y a cada instante nuevos, merced a ese fundamento, no desentreñado todavía, que el destino impone al hombre de luchar para subsistir, venciendo dificultades sempiternas que le hacen ser indefectiblemente, un triunfador de los inconvenientes y un adversario constante de los elementos que jamás acaban por completo de sometersele?

Reflejo indudable de los problemas que se debaten en todo el mundo, serán los que tengamos siempre los españoles, aún cuando puedan ofrecer aspectos o matices de diferenciación, que en nada desvirtúan la apreciación de conjunto que los problemas en bloque plantean a las necesidades del movimiento social y político del Mundo.

Pero no obstante, España tiene ciertos aspectos de relieve que hay que señalar, en cuanto a sus métodos de trabajo se refiere. Índice sucinto de esta preocupación nuestra, que radica principalmente en el agro español; en que el agricultor sea estimulado para que tenga amor al terruño, con salarios dignos y atenciones y expansiones espirituales tan necesarias como el pan; para que el hombre de la ciudad no se sienta atraído exclusivamente por la fascinación de lo supe fluo, ni de la molicie; y sin aturdirse de modernismos, preste curiosidad y atención a la santa actividad de su vocación profesional en cualquier aspecto; para que la educación y la enseñanza, sean en todo tiempo cosecha pródiga de nuestra infancia y de nuestras juventudes; para que todos tengan su sustento mínimo asegurado, como base imprescindible de una independencia espiritual necesaria que nos manumita del diario imperativo material para dedicarnos a la conquista de la cultura, que el bienestar es una consecuencia necesaria para poder ser instruido también; que todo el mundo se sienta en su medio sin inadaptaciones; que todos vayamos al destino que nos marca el derrotero de nuestra vida, con amor, con ilusión, sintiéndonos también protagonistas de la Historia de nuestro pueblo; sin desgana, sino con férvido entusiasmo, con el aliento y la confianza de que nuestro esfuerzo y nuestro trabajo repercuten automáticamente en el mejoramiento de nuestra evolución social, atenta a la modernidad del Mundo, asimiladora de las inquietudes científicas, literarias y políticas de los países más adelantados; sin ambiciones excesivas pero con anhelos y aspiraciones meditadas y justas.

Y esta somera enunciación de conducta unida al objetivo de expansión imperial —en lo que la palabra Imperio tiene de posesión material y de hegemonía de nuestro espíritu en el Mundo— es probable que nos vuelva a hacer grandes, felices y poderosos, equilibrados, llenos de mutuo amor fraternal, seguros de que nuestra capacidad ciudadana creadora, tendrá siempre los dos elementos que los pueblos más ecuanímenes deben de codiciar para sí: el medio imprescindible de la sustancia material que les sostiene y la visión amplia y universal de que hay en el globo muchos horizontes por explorar y por descubrir, en donde la capacidad más suficiente tendrá aclimatación colonizadora y será germen de fundación.

Así, se vivirá decorosamente y se hará patria; se conjurará indudablemente el coco de las crisis modernas sintetizadas en esos fantasmas de demografía, de paro obrero, de inflación, exceso de maquinismo y movimiento migratorio con que en su concepción simplista ha venido la terapéutica de la moderna teoría industrial a perturbar la civilización refinada de estos años y que en realidad no es sino una crisis indudable de la formación temperamental de las generaciones nuevas, presentida, tal vez, por Ganivet, cuando dijo que no era el medio lo que hacía el hombre, sino que el hombre se hacía y se formaba independientemente y aún a despecho del medio; que él había conocido durante el ciclo de su educación a más de dos mil condiscípulos y que solo dos o tres habían sido acreedores y dignos del medio universitario en que habían vivido.

METAFISICA DE LA CAPACIDAD

No cabe duda que la base de todas estas teorías tienen un origen filosófico, como reflejo de la aptitud creadora, por profana que sea: la moral de la conducta recta y el rectilíneo proceder, que en toda capacidad profesional constituyen el estímulo de los actos humanos.

Se trabaja porque hay que ser útil a la sociedad; se adiestra la mano en el buen oficio porque nos es necesario subsistir, porque precisamos el crecimiento decoroso de los nuestros, el desenvolvimiento de las actividades ciudadanas útiles que sustentan la marcha regular de la sociedad y mantienen en nosotros el sosiego de estar en la evidencia de una vida que posee su sentido.

Y enunciado tan superficial y tan común, es sin embargo, todo un sistema filosófico colectivo, al que nadie normalmente se sustrae de ninguna manera, y en donde están implicados los elementos éticos y sociológicos más trascendentales bajo una apariencia de rudimentarismo.

León Bourgeois decía: «Nacemos deudores». Augusto Comte: «Cualesquiera que sean nuestros esfuerzos y por larga vida que gocemos, jamás podremos devolver más que una insignificante parte de lo que hemos recibido».

Y esto puede ser un gran fundamento de la convivencia, y la comunicación e interdependencia de siempre que necesitamos con los demás, para sentirnos como invulnerables y por encima de cualquier molestia terrenal; más compenetrados, más afines, más fraternales, con la curiosidad despierta, con nuestro amor hacia todo más propicio y con un optimismo hacia las cosas, que nos hace ser ingenuos e irreflexivos; desparramamiento de todo el torrente de nuestra actividad psíquica y material a todos los vientos, llena de alegría saludable, seguros de su fertilidad en una futura copiosa cosecha de emociones ricas en matices. Como decía Balmes, lo puramente individual no satisface al espíritu y únicamente creemos fabulosa y estimable la conquista de la dicha o del bien, en cuanto podamos irradiarla a los seres que amamos y que nos aman o que con nosotros simplemente conviven.

B e n j a m í n R A M O S G A R C Í A

“Misterio de la poesía”

«Creo en la universalidad poética de los sentidos. Creo en un mundo de ángeles donde el misterio poético existe, porque el deseo antes de enunciarse tiene sombra y no tiene cuerpo.»

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO.

Con estas palabras nuevas en el pórtico, con este agudo y profundo mensaje en la primera hoja, César González Ruano, Profeta en los 7 Oasis, ha publicado en Roma un Libro nuevo: auténticamente nuevo.

Para aquellos que no lo conozcan de cerca, acaso esto de publicar un libro no tenga nada de particular, acaso esto de estampar al pié del papel: «Printed in Rome», no suponga más que el trabajo de escribir las cuartillas y llevarlas a una imprenta cualquiera. Cristal astigmático. Nosotros adivinamos más; nosotros sabemos que ese libro supone el rescate de un Hombre. Las cadenas de Circe que se han roto: El metal de «Ifrikyá» que ya no aprieta en el pulso ni en las muñecas. Un retorno glorioso al Occidente. Una desesperada sacudida de arenas. Roma, que ha vencido al Desierto. El asfalto a la Esfinge; Roma que nos devuelve triunfadora a César; el nervio y la mente de César; de este César que viene enfermo de Arenas y como sangrándole la inspiración versos de mármoles morenos.

Trae el mal de las «hammadas» en las sienes, la luz de las palmeras en los ojos, pero yo estoy seguro que se cura y que se salva. Los salva y lo cura eso mismo que ha estado a punto de matarlo: El Misterio. Ese enorme y profundo misterio que él ha descubierto en la poesía para salvarse a sí mismo y de paso a nosotros; a nosotros también. A todos los con su «Circe» en las manos nos dejamos el alma en la raya de la disidencia, en la quietud de los aduares de oro, hecha girones en la esquina afilada de los zocos marroquíes, sangrando el deseo borbotones oscuros bajo la luna grande y redonda de Tafflalet.

Y este libro César, este cable de mármol con estrellas de Roma, es el puente tendido para salvar la brecha; la salida decente y el retorno decoroso que el pudor y los hombres nos piden. Sí, aquello es muy dulce, pero hay que volver. Una mano para saltar sobre el abismo malva con puntitos de oro: las pupilas azules de los beduinos temblando de la misma fiebre prohibida todas las noches.

Y eso es lo que nos ha traído tu libro con el Printed in Rome. Gracias, César.

Pero un retorno es siempre una convalecencia, y de la convalecencia se viene con el cuerpo y los miembros cansados. Todavía no hay imágenes claras en la retina; el pensamiento es un cristal difuso, alborea ya en los párpados la luz, pero todavía hay fiebre; una fiebre sutil que no puede estrangular el mercurio. Es como un despertar del ensueño muy despacio, un retorno a la vida poco a poco. La sangre empieza a circular por las arterias lentamente. Es la hora de las intuiciones. La hora de los videntes. La hora de las cosas que no entienden los otros. La hora en que los ojos adquieren como una especie de cuarta dimensión. La hora que ha cantado César.

*«Hay cosas que han visto siempre los que creyeron ciegos.
cosas que no vienen jamás en los periódicos.
cataclismos de ciudades sin nombres
incendios de personas que un día arden enteras.»*

*playas donde se pudren cadáveres de barcos
esqueletos de caballos que viven en las nubes.
fantasmas que llevan un castillo dentro
la mañana completamente de noche
el arcángel que encogió las alas con la puerta giratoria.
no sé.
cosas así que la gente no sabe.»*

Eso es César; cosas así que la gente no saben, ni sabrá nunca.
Y que además está bien que no sepa. Porque si supieran, si supieran César ¿quién talaba la madera, quién fabricaba ladrillos, quién ponía en marcha una fábrica?
Bienaventurados porque no saben, y porque no sabiendo es como os dejan a vosotros, Poetas, ancho campo para cumplir vuestra misión en la tierra, vuestro maravilloso destino en el mundo. Porque vosotros habéis nacido para ver las cosas que nosotros no vemos, para afinar la sensibilidad más allá de los límites del tacto. Para percibir como ha dicho César, esas palabras sutiles que resbalan sobre nuestra piel indiferente.

*«Esas campanas de Catedrales sumergidas.
esos secretos que guardan los bosques.
esa mano dormida que mueve el aire de las ruinas.
esa pierna de circo que está enterrada sola.
el trozo de alambre que tiembla en un camino.
relojes que de pronto pierden las doce y media.
Hombres en fin que van con su hígado en la mano.
mujeres azules que caen sobre cristales.
cosas así que la gente no sabe.»*

Cosas así que nosotros no vemos: El contorno de las ideas y la belleza de una raíz cuadrada. Eso es el primer verso y luego a medida que se va despertando, a medida que la memoria va volviendo a las cosas del mundo se recobra el sentido del peligro, y la métrica aconseja cautela. El corazón está en guardia: esperando el ataque de alguien.

*«Hay alguien que nos mira.
no sé si le han nacido los ojos todavía.
si tiene manos para mover el aire.
que arranca con las uñas.
del muro acobardado de la tarde.»*

A lo largo del poema, la advertencia se va haciendo más clara, más exacta, más precisa. Hay momentos que es un tremendo cartel de angustias.

*«Cuidado detrás de la rosa con la rosa.
cuidado con aquella rama verde.
hay gente.
Un corazón envidioso se para.
un olfato se mueve.
un alma pequeñita vuelve la cabeza.
nos conoce.
hay alguien.
que con cadenas de fuego.
entre caballos ciegos de mirada larga,
quieren llevarte al hielo.»*

César González Ruano, no puede avanzar más con la Poesía. Ha llegado con su verso al límite máximo. Ha puesto en el laberinto oscuro y retorcido de las cosas y de los hombres de letras, el disco de alarma de una señal luminosa. Es como esas tablillas de madera del frente donde arcángeles de Zapadores advierten a nuestros viajeros en guerra: Visto por el enemigo. Y los coches apagan los faros o paran el motor. Y los hombres a semejanza de los coches cambian de postura, o simplemente se callan.

En plena normalidad persiste la idea fija, es casi una obsesión.

*«no es eso, no;
es otra cosa.
adivínalo.
no es eso, no.
Se parece como una noche a otra noche.
piénsalo.
Como una mañana a otra mañana,
como una flor al sitio donde ha estado una flor.
dímelo.»*

Verso octavo: Melancolía de esa idea fija contra la que no se puede luchar. Una melancolía fatalista de resignación de brazos cruzados, donde sólo hay para el alma una salida posible: La confidencia.

*«Llena de escarabajos mi vida se complica.
ruínas de remordimiento y palabras antiguas
amables repugnancias licor y corazón
en un libro de Heráldica caravana de hormigas.
Un minuto de esperanza como un rayo de luz:
vámonos a la calle
soñemos que tú eres y yo soy todavía.»*

Y al final la Filosofía; esa postura de máxima elegancia, esa serenidad del alma de vuelta ya de todas las cosas.

*La muerte es exactamente un cuadro impresionista
un circo que se cierra
una vida que cree que se abre
una mañana que en un farol se cuelga y se suicida.*

En el verso 16 el enigma avellana de la Noche Marrueca.

*fué o no fué
y eso no se sabrá nunca.
pasó o se quiso que pasara?*

Y antes aquella evocación del Barrio prohibido, aquel San Pauli, retorcido y Baudeleresco del mejor estilo de Lorca.

*¿Qué botón brilla en la noche
qué oficial de madrugada
ha perdido un botón y no lo encuentra?
dí
qué farol lo sabía y se callaba.*

Misterio de la Poesía; misterio del verso que César González Ruano ha estrujado sobre el papel gota a gota.

Maravilloso licor.

Cáliz de dulzura de miel y de sabiduría; de una sabiduría oxidada y antigua vertida en los demás con plenitud generosa del que está ya de vuelta de todas las amarguras. Advertencia al ingénuo: «Ladrón joven».

*¿quién te ha dicho.
que el camino no te ve.
Quién
quién te ha mentado.
La piedra te mira la planta del pié
te ve el carro del carretero
la carne y las moscas del carnicero
te ven.*

Y es cierto César, la vida está llena de moscas: moscas de la vulgaridad, moscas de la grosería, moscas del cincuenta por ciento. Por todas partes moscas; moscas para amargarnos el pan, para enturbiarnos el paisaje, para hacernos la vida imposible; moscas hasta para reirse de los que hacen poesía, ¡como si la Poesía estuviese al alcance de las moscas!

No importa César, tu libro es para tí y para todos los que estamos contigo la promesa de que tu obra no se pierde jamás.

Déjalos que confundan un modo propio con una moda (Aduana) déjalos arañar con sus uñas incu'tas el cristal de todos los escaparates.

Tú lo has dicho; son gente que no saben de nadie, espíritus prácticos, tipos ridículos, «almas en bicicleta»; gentes en suma que no valen la pena. Déjalos que se rían, déjalos que te llamen extravagante; precisamente la «extravagancia» es lo que ha diferenciado siempre a los poetas de los dependientes de mostrador.

Déjalos que se rían: reirá más el que ríe el último.

Ellos más tarde o más temprano se morirán obscuramente de un asma o de una apoplejía, pero sin haberse enterado siquiera de que han pasado por el mundo, de que han vivido. Ya lo dijo Wilde: «vivir es un arte; la mayoría de los hombres existen, nada más».

De sus sombras probablemente no quedará nada; acaso una querida, acaso un desfalco, acaso el resguardo de una cuenta corriente: total nada.

A tí en cambio te quedará el destino glorioso de haber dado al mundo tu Mensaje.

Lo que naciste expresamente para decirles, y no morirás del todo aunque un día cierres los ojos, porque sobre tu Obra y sobre tu frente, el Arcángel Gabriel escribirá otra vez como en la tragedia de Pulci.

«E rídera in interno».

Y de tu risa eterna como de la palabra de Dios se llenarán un día los oasis.

G O N Z A L O D E V A L D A U R A

VOZ INEFABLE

“A los pueblos no los han movido nunca mas que los poetas. Y, ay del que no levanta frente a la poesía que destruye, la poesía que promete.”

JOSÉ ANTONIO

La Condesa Beatriz

(Continuación)

Se alejó del ventanal, aterida de frío; movió los troncos que ardían en la chimenea; agregó leña, impregnada en bálsamo de rosas y tornó a sentarse.

El horror ponía en sus mejillas una divina palidez, y en su cuerpo, un temblor sensual. Permaneció inmóvil, en silencio, mucho tiempo. El reloj lejano daba las horas de la madrugada; en el monasterio de capuchinas, sonó el toque de Maitines; de tarde en tarde, una canción aldeana llegaba a la alcoba de la condesa Beatriz.

Esfumados en la distancia, se oyeron unos pasos en la galería. Beatriz, aguzó el oído y escuchó. A medida que los pasos se acercaban, una sonrisa de soberbia, de triunfo, asomaba a sus labios.

Se abrió la puerta de la estancia que daba a la galería, y entró el Príncipe de Sant-Angelo. — La condesa era fanática y linajuda, y en su fanatismo, y en los prejuicios de raza, confiaba hallar fuerzas para vencer la arrogancia de aquel D. Juan, tan pagado de su atracción irresistible. — Irguiéndose en el butacón, se revistió de una glacialidad casi desdeñosa:

— ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Quién te abrió las puertas de mi casa...?

— Tus criados, Beatriz... Tus criados que tienen lástima de tu soledad, y quieren que seas feliz...

— Que Dios os pague vuestra solicitud, pero no hacéis falta a mi dicha. Vine a Soubiela, con el alma rota del desencanto del mundo, y nada ambiciono. Me bastan la paz del campo, la Gracia de Dios y el respeto de los míos. Desengáñate, Luis... Tú no puedes aumentar la dicha de mi vida. Si acaso, turbarla con tus locuras...

Calló, conteniendo una emoción, dolorosa y aguda. Terco, el Príncipe de Sant-Angelo seguía de pié, en medio de la estancia, cruzados los brazos, contemplando, en silencio, a la condesa Beatriz. Era hermoso, con esa hermosura, galante y fiera de los adolescentes sanguíneos, cuando empiezan a sentirse hombres. Se sabía arrogante, seductor y audaz, dueño de una figura toda llena de la prestancia de los grandes afortunados del amor, y esperaba vencer la resistencia de la hidalga de Benalgar.

— ¿Qué esperas, Luis? — preguntó la dama, clavando en los ojos del italiano, una mirada distanciante y altiva.

— Espero que te apiades de los dos. No sabes cuánto te quiero, Beatriz, cómo te deseo.

Una risa nerviosa sonó en la estancia... Las llamas de la chimenea se alzaron, reflejando sus lenguas rojizas en los espejos y en el pulimento de los bargueños y las consolas antiguas, donde temblaban, en anchos floreros de plata y cristal, rosas de otoño. Los diocesillos traviosos del amor, brincaban en la cornisa de mármol de la chimenea, y en los marcos de los lienzos familiares, que colgaban de las paredes, saludándose con sonrisas faunesas, con reverencias y absurdas contorsiones de peles de trapo en una farsa de «guignol».

Muy serena, muy dueña de sí, la condesa Beatriz repuso, sin alterar el ritmo de su voz, sin quebrar la cadencia de su acento de gran señora:

— Porque tengo piedad de los dos, es por lo que te digo: vete, Luis; arráncate del alma ese loco capricho. Dios te dará fuerzas... ¿Qué puedo yo darte? ¿Una noche, unos días de placer que maldecirían Dios y los hombres...? Y después, el remordimiento y la vergüenza, y la soledad, para mí; y para ti el olvido o acaso la compasión que nos inspiran las pobres claudicaciones ajenas... Llevo diez años haciendo vida noble y retirada en mi palacio de Soubiela. Los vasallos de mi hermano me adoran; mi corazón está adormecido

en una quietud de renunciaciones, de santo y plácido sosiego... ¡Y quieres, en una aventura confusa de unas horas, derribar mi paz, hacerme despreciable a mí misma, destruir la veneración que por mí sienten los súbditos del feudo de Benalgar! Vete, Luis...

Luis de Sant-Angelo, se acercó a la condesa Beatriz, y sentándose junto a ella, llevó a sus labios las manos pálidas unguadas de una gracia aérea de abadesa antigua y cortesana, y comenzó a hablarle. El Príncipe tenía una voz cálida, armoniosa y apasionada, y la atroz cultura de aquellos viejos maestros, sentimentales y cándidos, que en los hermosos tiempos del Renacimiento hacían las delicias de las amables y crueles dogaresas. Todo el ambiente del saloncito, se bañó en oleadas enervantes y templadas de un paganismo sutil, de un exquisito decadentismo. El ángel del Pecado abrió sus alas negras sobre el caserón de Soubiela; y la condesa Beatriz temblaba, sintiendo que su voluntad se moría.

¡La divina elocuencia, la diabólica hermosura del Príncipe de Sant-Angelo...!

4

Del fondo misterioso del Palacio, brotó una voz imponente, como un viento de tormenta, como un ulular de lejanas caracolas marinas, como el lamento de un león que fuese herido por su cachorro:

—¡Escucha! ¡Escucha!

La condesa Beatriz abrió los ojos, y enarcó el cuello, blanco como el armiño y esbelto como el cuello del cisne. El Príncipe, en un gesto, bello y satánico de desesperación, quiso besarla, pero ella corrió hacia el fondo del Palacio, donde otra vez sonaba la voz, ahora mansa, suplicante y resignada:

—¡Escucha! ¡Escucha!

Beatriz Benalgar y Luis de Sant-Angelo vieron el prodigio: en un desván olvidado, un trozo de muro derruido y a flor de la pared, una imagen de Nuestro Señor en la Cruz, llorando sangre, sudando sangre; entreabiertos los labios cárdenos en un suspiro amoroso y agonizante:

—¡Escucha! ¡Escucha!

Beatriz Benalgar cayó de rodillas y cubrió el rostro con las manos... Nunca supo cuánto tiempo permaneció así. Cuando sus potencias se abrieron de nuevo a la vida, tenía el cuerpo frío y agobiado de cansancio, y el alma como envuelta en una niebla remota.

En el muro derruido la imagen de Nuestro Señor brillaba al Sol de la mañana que entraba por una alta cristalera.

No lloraba sangre ni suspiraba el tremendo «Escucha» de unas horas atrás. Era una imagen muy devota, pero también muy vulgar, como las que ella adoraba en su capilla del Palacio.

Como no viera al Príncipe Luis, salió del desván y preguntó a los criados:

—¿Habéis oído esta madrugada una voz que gritaba: ¡Escucha! ¡Escucha!?

Los criados se miraron, recelosos y asustados. Sólo la camarera mayor, por gozar más de la confianza de la dama, se atrevió a decir:

—Nuestra señora la condesa ha debido soñar. Nadie ha gritado en casa. Todos hemos dormido en paz, como siempre.

Hizo llamar a la guardesa de la hacienda donde se hospedaba el italiano, y la campesina ya fué más explícita:

—Nuestro señor el Príncipe de Sant-Angelo abandonó la hacienda muy avanzada la noche, y volvió poco antes del alba. Venía muy pálido, muy nervioso. Hizo que el criado le preparara el equipaje; pagó sus gastos como un gran señor que es y dejó mi casa, cuando amanecía Dios, sin decirme a donde iba.

Claro paisaje de la baja Andalucía. El Sol de la tarde de Primavera, cae sobre el campo, atormentado de chopos y juncias, de amapolas y trigales dorados, de vides paganas y almendros en flor.

En el viejo puente colgado sobre el río, Fray Javier de los Angeles se detiene, fatigado, y deja vagar la mirada por la campiña. El aire es suave y huele a violetas tardías, a tierras de labor, recién regadas, a frutos en sazón. Abajo, en medio de jardines realengos propicios al amor, el Palacio de Soubiela, como una tumba de piedra que celara la agonia de una gran raza. ¡El Palacio de Soubiela...!

Fray Javier de los Angeles suspira, entornados los ojos, cruzadas sobre el pecho las manos, tostadas del Sol de las Indias, largas, pálidas y ahusadas, como labradas en sarmientos.

Después, despacito, hollando, apenas el suelo, alfombrado de guijos y anémonas, abandona el puente y atraviesa la aldea.

Cae sobre el blanco caserío, como una lluvia de oro, la luz del Sol de Primavera, y hay un silencio enervador, un solemne silencio, inmutable y perfumado como una neblina pegada a los árboles, a la torre de la iglesia, a los pardos paredones del caserón de Soubiela. Despacito, con su andar alado de fantasma el fraile franciscano llega junto al tapial que orilla el jardín de Soubiela; busca la puerta por la que una madrugada lejana huyó del Palacio, asustado de sí mismo, empuja la verja y entra en el Parque...

A través de los senderos, su paso es todavía más menudo y aéreo más medroso y lento. De repente, se para, cerca del lago, donde los cisnes triunfan, entre ramos de lotos, como reyes encantados de un país ideal.

Sereno, quieto el corazón y muerta la carne para todo lo que no es Dios, vuelve a su marcha perezosa, y a detenerse ..

—Beatriz... reza con voz apagada como un susurro.

La condesa Beatriz estaba sentada en un banco de piedra, al fondo de un laberinto de enredaderas, bajo un palio de magnoleas en flor, en la alameda donde cantaba siempre, una de aquellas fuentes que amaba el divino Marqués de Benalgar.

—Beatriz...—repite, dulcemente.

Y Beatriz se levanta, en sueños, y tiende sus brazos al franciscano.

—Luis...

—Fray Javier de los Angeles...—corrige, suavemente, el misionero.—Luis de Sant-Angelo murió aquella noche. ¿Te acuerdas?

—¿Te acuerdas?

Hay un mundo de recuerdos, de dolores y renunciaciones, en la pregunta. Callan los dos, recogiendo en aquel mundo de oscuras evocaciones. El aire es suave, y huele a violetas tardías, a frutos maduros, a tierra fecunda y noble.

—¿De dónde vienes?

—De las Indias. . Hace veinte años que evangelizo a aquellas gentes. ¡Cuánta cosecha, Beatriz, y qué pocos misioneros! ¡Cuántas veces, me entregaba, rendido al cansancio de la lucha, sin voz para seguir mis predicaciones, sin fuerzas para alzar el brazo, agobiado de tanto bautizar...!

—¿Volverás a las Indias?

Los ojos del antiguo Príncipe de Sant-Angelo, reflejaron un fulgor glorioso... Su mirada, embriagada de colores y de Oceano, parecía perderse en una vaga lejanía.

—Ahora quieren que descansen en España, pero volveré. ¡Descansar, mientras el mundo se pierde...!

—¡Ay, sí! ¡Quién descansa, si el descanso es ceder el campo a Satanás!

Sentados en el fondo del laberinto de hiedras, se engarzaron en una plática intensa.

Muerta la carne, encadenadas las pasiones, al servicio de esa parte divina que hay en lo humano, hablaban el dulce lenguaje de las sutilezas que sólo aciertan a descifrar los elegidos...

Fray Javier contemplaba a la dama, mientras atendía a su charla sosegada. Los ayunos, la oración ardiente y prolongada, habían dejado una huella de agotamiento prematuro en sus facciones. ¡Las bellas facciones, que tanto amó en unas horas inolvidables de locura, el Príncipe Luis!

—Soy feliz, Fray Javier. Me adoran más que nunca, los vasallos de Benalgar. Me llaman santa ¿no sabes? ¡Pobres! Me confunde su candidez, y tengo miedo a que despierte, dentro de mi alma, el león de la soberbia. ¡Ay, la soberbia se disfraza de tantas formas, para dominarnos mejor!

—Calla... No temas. Haz bien lo de cada hora, y hazlo con sencillez. La humildad no es más que la verdad del corazón. Y la humildad basta, Beatriz...

—Dios me ayudó a vencer todas mis pasiones, todos mis ímpetus, y descanso en una paz que antes me pareció inasequible.

—Como yo, Beatriz... Acaso hayan acabado ya para nosotros las purificaciones, las noches oscuras del espíritu y los sentidos. Acaso avancen ya nuestras almas por la quietud de la vía unitiva...

—Un día, nos dormiremos en la tierra, y despertaremos junto a Dios, y será nuestro tránsito dulce y apacible, como un deslizamiento de aguas mansas...

—A Dios le llevamos ya en el corazón.

Sobre la fuente de piedra que años después, amaría el divino Marqués de Benalgar, Primavera elevaba su coro armonioso de voces paganas...

Fray Javier de los Angeles, sale del viejo parque señorial, hundido en el noble recogimiento de los jardines realengos, propicios al amor. (En silencio, despacio, como si temiera rozar con sus sandalias raídas y llenas del polvo de los caminos, la tierra de los senderos).—Del sol ardiente de la cálida tarde primaveral, sólo quedan en el Cielo azul, como unas llamaradas movibles, como unos lagos ondulantes de vapores rojizos. Despacio, en silencio, llena la mirada de un resplandor dorado de fabulosas lejanías, el misionero cruza las callejas solitarias de la aldea, y llega a la plaza donde juegan nubes de pájaros y de chiquillos, y en uno de cuyos flancos, alza su arboladura románica, la iglesia parroquial. La luz del crepúsculo, nimba de resplandores fantásticos, la figura de romance del fraile mendicante. Una dulce sonrisa de beatitud, entreabre sus labios secos; levanta una mano, bendiciendo a los niños y a los pájaros, aprieta con la otra el Crucifijo que lleva sobre el pecho, y de pié, bajo el palio de unas acacias en flor, comienza la misión que trae a Soubiela... En lo alto de la torre parroquial, una viejuca, tocaba las campanas convocando a las gentes del valle. Van acudiendo todos, llenos de sorpresa, de júbilo, con un brinco de anhelos confusos en el corazón. El fraile habla con voz suave, armoniosa, pero dominante y segura: Oid lo que Jesús dijo la noche cándida de la última cena: «Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros...» Cierra la noche, envuelta en una oleada de perfumes. A lomos de la sierra cercana, cabalgan los primeros luceros. Poco a poco, callan las campanas, porque la viejuca, con el alma asomada a los ojos y a los oídos, está inmóvil, acodada en uno de los ventanales de la torre. Inmóviles están también, los chiquillos y los gorriones, que jugaban, hace un rato, en la plaza, a la sombra de las acacias. Inmóviles, las pobres mujeres lugareñas, y los mozos y los patriarcas de la aldea, con trazas de hidalgos. El aire se torna cada segundo, más diáfano y oloroso. Un silencio de muerte, se vuelca sobre la multitud, cuando el apóstol clama con nuevos bríos: «Amaos los unos a los otros». Pendiente de aquella voz, la Creación se arroba, en un éxtasis sin retorno. Todo suspenso, como en un deliquio sin fronteras. En un rincón de la plaza, arrodillada sobre unos guijos que se le clavan en la car-

ne feble, la condesa Beatriz, oía la palabra ardiente del fraile y hablaba con Dios, en el regazo de su corazón:

—Porque has apagado en mi carne todos los resabios de las pasiones mundanas. Porque en mi corazón no arde más llama que la de tu amor. Porque Tú eres mi guía, mi luz y mi consuelo, gracias, mi Dios...

Fray Javier de los Angeles, endiosado, a fuerza de macerar su cuerpo y atormentar su alma, despacio, muy despacio, alza una mano, bendiciendo a la muchedumbre, aprieta, con la otra, sobre el pecho, su Crucifijo de misiones, y sonríe, con una dulce sonrisa de beatitud. La Creación entera está quieta, suspensa; y el aire es cada segundo, más suave y oloroso.

P e d r o M O N T E R O G A L V A C H E

Mi ausencia

En tu ventana está
el pulso, todo desnudo,
de tu piel leve y agitada.
Los claveles, los naranjos
y los canarios verdes
le dicen lo que no le dijeron mis palabras.
En tu ventana está
el calor-frío de tu corazón junto a los senos:
mis manos son heladas
en la noche sin novedad,
y solo mis labios son ardiendo,
mis labios al rojo vivo,
en tu ventana.
Cuando cerraste los ojos,
y tu suspiro fué beso,
se llevó tu cuerpo dentro
todo el misterio de los campos,
para hacer más brillante mi triunfo,
para encontrar el sol a la mitad del cielo.
En tu ventana, desde entonces,
el día, eterno está.

A r g i m i r o A R A G Ó N

Ayuntamiento de Madrid

La Misa de doce en San Marcos

Domingo en Jerez. En la iglesia de San Marcos. Misa de doce.

Pasa el sol por las vidrieras, y, partido en colores, besa las piedras góticas y viejas. Aún queda flotando el humo del incienso quemado en la misa mañanera, mezclándose entre los colorines, perfumándolos, y haciéndolos vivir aún más. Se llena de fieles la amplia nave central, fieles de misa de doce, que, endomingados y satisfechos por haber sido tardo el despertar, esperan en la delicia del silencio la misa de doce.

Se encienden unas luces. Aparece el sacerdote. Y brotan del órgano suaves acordes, que descienden desde el alto coro hasta el oído y penetran en el corazón de la gente. Toda la iglesia vibra con la musical oración que inunda de Fe y de Esperanza a las almas, desde la de la anciana sencilla a la del hombre frío e indiferente.

Sigue la misa. Y sigue el órgano en su plegaria armoniosa, poniendo con su flautado sencillez pastoril en las intenciones, o inquietudes de temor con sus notas graves y profundas.

Llega el alzar. Dios que surge y se sacrifica de nuevo por el hombre. Rodillas en tierra, cabezas inclinadas. Y el órgano, aistiendo con toda su grandiosa trompetería, lanza el Himno Nacional, triunfal, grandioso, rendido ante Dios.

Corta el Himno la campanilla que agita el monaguillo. Se levantan los fieles. Y haciéndose eco de lo que han sentido ante Dios, el órgano les endulza de nuevo su media hora semanal, para que la materia recuerde que aprisiona un alma. Y sigue así, con las cadenciosas melodías y con sus modulaciones de deleite.

Termina la misa, y la gente sale... ¡sale y se olvida de Dios, del rayito de sol, del incienso y del órgano! Y la iglesia, oscura, muda, resquebrajada y pobre, espera otra vez a que den las doce del próximo domingo para hacerse la ilusión de que aún sus jerezanos la quieren y no la olvidan. Y esperan (¡ilusa!) que la curen de las heridas que el tiempo hizo en ella y le den algo a cambio de todo lo que les proporciona, para no morir, para no hundirse entre vejez, olvidos y desengaños. Y se pasa las semanas grave, pensativa, esperando que el «próximo domingo» algunos de los que ella cree sus hijos se acuerden de la parroquia pobre que les cobija, y en un arranque de agradecidos, la digan:

«Toma tres pesetillas de las destinadas a mis copas de hoy y cúrate un poco de tus viejos achaques, iglesia mía.»

Los domingos llegan, las semanas pasan, y la vieja iglesia sigue agrietándose en su olvidada ancianidad y entre la indiferencia de sus feligreses.

Pero... ¡ah! el órgano no calla. No quiere que las naves que le acojen y que él inunda de armonía, se deshagan. Y ha tenido una ocurrencia. El órgano de San Marcos, donación de ilustre dama jerezana, va a sonar como nunca. Y va a de-

cir (Paco Navarro lo logrará) todo lo que tiene de dolor y de alegría con la variedad de sus registros. Mas todo ello, no sólo para vuestro deleite de aficionados a la buena música, sino porque él, en vista de la pobreza parroquial, quiere un día ponerse a pedir con sus voces armoniosas ¡una limosna! para que la iglesia no se hunda y para que él pueda seguir dándoos la delicia de sus sonidos mezclados en la oración que al amparo de su canto decís tan quedo: «el pan nuestro de cada día, dádnosle hoy y perdónanos nuestras deudas...!»

.....

¿Cuándo va a convertirse en pedigüeño el órgano de la iglesia de San Marcos? Pronto. Y en un magnífico concierto, homenaje al notable artista Paco Navarro, él hará que os hable al corazón, y os diga: Por una sola vez, ¿queréis darme tres pesetas cada uno de los que este día habéis venido a oír cómo este pobre instrumento implora ayuda para su pobre madre iglesia?

L U I S P É R E Z S O L E R O

Antena Literaria

José Sanz y Díaz ha publicado su libro «Lira Bética», antología poética de la guerra. En nuestro número próximo haremos una crónica detallada sobre esta nueva obra del buen escritor aragonés.

Juan Ruiz Peña publicará en breve, en la colección de la revista «ISLA», su libro primero: «Cantos de los dos».

También Pedro Pérez Clotet, entrañable amigo, dará a la imprenta, en breve, su nueva obra: «Tiempo literario», que recogerá sus últimos artículos, poemas y varios ensayos. Este libro tendrá, sin duda, un interés literario altísimo.

Julio Estefanía publicó—hace unos días la hemos recibido—la revista de Semana Santa «Christus», con escogida colaboración y excelentes fotografías alusivas a las Cofradías sevillanas.

Queremos consignar en esta «Antena»—para que en el tiempo no pase—la charla última dada en Sevilla, por nuestro ilustre amigo Federico García Sanchiz. Fue—no ya una exaltación jubilosa de la Santa Semana—sino toda una lección de Hispanidad, documentada y sentida: Sanchiz está ahora en la cúspide de su arte. Tiene voz apostólica, redentorista, y su gesto está ungido de una extraña serenidad franciscana.

En el número de Enero-Febrero, la gran revista «LATINA» de Roma, reproduce, ilustrado con una clarísima efigie del Fundador, el poema de Francisco Montero Galvache «Salmo de la Angustia».

LOS GRANDES LIBROS ESPAÑOLES

«ISABEL LA CATÓLICA»

Verdaderamente, este incomparable paisaje histórico sobre el cual la docta y amenísima pluma de César Silió ha proyectado la gigante figura de Isabel la Católica, pasma y admira al lector que acaba de leerse las cerca de seiscientas páginas en 4.º, amenísimas, de esta incomparable biografía. La vida ejemplar de la «Fundadora de España», así descrita, en el marco nacional de su Reino y de su tiempo (1451-1504), se lee con el mismo placer que la mejor novela, superando el esfuerzo literario del ilustre biógrafo vallisoletano, cuanto en torno y sobre la Gran Castellana W. Th. Walsh y los demás pudieron escribir.

Nada escapa a la sagacidad cultísima y veterana de Silió, que ha venido dedicando lo mejor de sus años al estudio del tiempo de los Reyes Católicos; a través de amplias investigaciones nos muestra en su genial biografía una excelsa mujer que supo acabar la Reconquista, dando unidad de Imperio a su Patria, y aún le sobraron energías para combatir la tozudez nativa de su esposo, Fernando de Aragón, legando a España un Mundo Nuevo con la gloria del inmortal Descubrimiento.

Rico de documentación, escrito con diafanidad y corrección exquisita, este gran libro del ilustre historiador castellano no debe faltar en las manos de ningún español en estas horas gloriosas del renacer de España. Obra de consulta, libro eminentemente educador, por ser la máxima lección de nuestra Historia. «Isabel la Católica» es un magnífico exponente de cómo fué esa Reina en un período o ciclo español de plenitud gloriosa.

Luchas, triunfos, obstáculos, tragedias íntimas, ambiente rico y vario de aquella Corte nómada, todo pasa vivo, auténtico, y a canza plasticidad y relieve en esta «cinta» tallada de Isabel la Católica.

En la soberbia pintura de la Reina castellana, española, universal, la pluma del doctor historiador Silió es pincel maravilloso que va modelando las proporciones, los trazos, los rasgos biográficos, con ternura sin par.

Al fondo del cuadro, el telón de una época, con sus brochazos costumbristas, sus personajes y sus comparsas. Y en primer plano, el Trono imperial de España, el sitial doble, como un águila bicéfala, del monarca aragonés y la reina de Castilla.

Cuanto pudiéramos escribir en elogio de este largo e interesantísimo libro, sería falta de expresión para revelar su interés histórico y literario. Es la biografía de una mujer genial y la historia de una época gloriosa.

J o s é S A N Z Y D Í A Z

ARCO

Hay que crear una cultura humana, en que la filosofía, y la crítica se den jocundamente la mano con la poesía del pueblo. Que el doctor nuevo, con su muceta nueva, baile con la aldeana coronada de rosas.

R. SÁNCHEZ MAZAS

BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



"CÁNTICO DE BUEN AMOR".— Por N. Sanz y Ruiz de la Peña.—Librería Santaren: Valladolid: 1939.

De la ciudad limpia, tersa y castellana en que nacieran las centurias de Onésimo Redondo, ciudad entregada, por definición y por estirpe, a la poesía de todos los tiempos, llega a la mesa de nuestro trabajo un libro, de cuya fina imagen ofrecemos hoy, en afectuoso recuerdo, su portada: de sobrio y elegante trazo clasicista. Se llama este libro «Cántico de buen Amor» y su autor, amigo predilecto, es Sanz y Ruiz de la Peña, el alto poeta castellano. Adelantado en la fe de cantar, primero, a España, a lo largo y lo ancho de esta Cruzada que ha finalizado, victoriosa y plena, hace unos días.

He dejado el trabajo y la lectura: esas páginas clásicas y humanas del «Varón de deseos» del gran amigo Ricardo León, compañero inefable en las buenas andanzas poéticas de nuestras horas jóvenes. Hemos sentido la llamada del día, abierto como una rosa de aire

limpio ante nuestros ojos, y con este «Cántico de buen amor» hemos salido, al borde de los eucaliptos del Parque, con la frente alzada y el alma ligera, para buscar, bajo la sombra tersa y conocida, el buen descanso que incite a la nueva lectura.

Ya sentados, mientras que la brisa ha ido dejándonos en la frente la luz del claro día, las páginas del libro fueron abriéndose: lentas, gratas, llenas de una dulce amabilidad y complacencia nada comunes.

Uno a uno, los romances del amor que el espíritu de Sanz y Ruiz de la Peña nos describe, se han ido estacionando en nuestra alma: con su densidad de alegría, con su ritmo de ternura indecible. Podría ser este libro la coronación de una etapa en la obra del poeta de Castilla, y al propio tiempo, victoria de su intimidad, cuya alma tanto se acerca a la de todos, a fuerza de tener ese claro sentido de las mejores y felices palabras del amor.

Son romances de andar, bajo el día. No es un sitio momentáneo, el que sirve para la lectura de este libro. Dos factores son absolutamente precisos de antemano: serenidad y silencio; que casi equivalen a decir, campo. Aquí, donde nosotros hemos querido saborear su lectura, es el lugar propicio. Aquí, donde todo es armonía y descanso. La humilde acequia conocida, que espera bajo el mismo tronco; los mismos campesinos que cruzan—alabado sea Dios—a la misma hora; aquí, donde la ciudad es como una orgía de voces, de las que ya hace tiempo nos separó la despedida.

Sanz y Ruiz de la Peña ha hecho una verdadera apología del amor: en la concepción y en la forma. No pasará este «Cántico» de blancas portadas de época, con su verdigrana viñeta alusiva, que incita, leve y precisa, a un son de vihuela o de arpa. Este libro, que se lee como un breviarío o libro de horas, con unción sacramental, una vez y otra en el acierto de su limpia metáfora, nos acompañará siempre: desde la biblioteca al paseo: viviente, con movilidad de palabras que son las mismas que uno tiene soñadas de antiguo.

Es de un acierto pleno. La brisa, como un aliento, en la dulce mañana celeste, desciende a nuestros ojos, y, amorosamente, cerramos las páginas del libro, y vemos, en el aire, como si estuvieran escritos, los versos, en identidad de criterio y deseo.

Porque en él, N. Sanz y Ruiz de la Peña, ha hecho, como nadie, del «buen amor», un verdadero «cántico» esperado.



"DARDO" Número a Marruecos — Director: José M. Amado. — Imprenta "Dardo" — Málaga.

La revista «Dardo» de Málaga giró hacia Marruecos su rumbo lírico artístico. Varios cuadernos son ya los publicados, en que destaca, con gran precisión objetiva, los más acusados perfiles de la actualidad del Protectorado. «Dardo», que fundó y dirige el camarada Amado, lanza uno y otro número, con un más alto deseo de superación, que va logrando, en técnica y sumario.

Recoge este número especial, la «Historia y turismo» de Melilla; la «Intervención Regional de Nador» y sus aspectos típicos, la «Visita del Alto Comisario», páginas literarias, internacionales, humorísticas y una novela encuadernable. Numerosos gráficos, fotos de actualidad y otros interesantes originales, que hacen de la revista «Dardo» una escogida y agradable publicación familiar.

Enviamos a la dirección de esta simpática revista malagueña, nuestra felicitación cariñosa



"UNIFICACIÓN"—"El Fugitivo"—Gráficas, Laborda y Labayen.— Tolosa.

Conocíamos ya—el éxito alcanzado en su primera publicación, le dió aire y trascendencia popular—este bellissimo diálogo, que, por la pluma de Jacinto Miquelarena, nos dió la pauta para la más honda y entrañable unidad de los españoles. Esta unidad no es definición ni tópico: arranca de lo más íntimo, de lo más sagrado: el dolor, compartido, a solas, en la dura experiencia de los frentes. Por eso, el requeté—un magnífico José María Hernández «hijo de carlista y nieto de carlista y biznieto de carlista»—representa como un perenne brote, la santa intransigencia española, y el falangista, era «el más joven camarada de José Antonio». Conocíamos el diálogo, que alcanzó el premio «Cavia» 1937, pero siempre la nueva versión lo hace como si fuera nuevo. Esta edición cuidadísima, que hace algún tiempo hizo la Delegación Nacional de Propaganda de la Falange, alcanza esta máxima virtud: presentarlo como si fuera nuevo.

Las viñetas de Teodoro Delgado, sobre todo la técnica en que los cadáveres aparecen abrazados sobre un camino de flechas hacia la gloria, son de un colorido vivo y exacto, de una realidad acertada.

La prosa de «El Fugitivo», como así se hizo llamar a su vuelta el ilustre Jacinto Miquelarena, adquiere una mejor fuerza a cada lectura de esta composición españolísima, base y cántico de la unidad nacional.



"CULTURA NACIONAL".—Caracas.

Ya hace algún tiempo que viene a nuestra mesa de trabajo esta revista literaria y científica que dirige, en la capital de Venezuela, el gran escritor Dr. J. M. Núñez Ponte, con una escogida colaboración actual. Este último número del que publicamos su fotografía, inserta originales del propio Núñez Ponte, de Gil Esquerdo, de Pedro de Répida, de Rubén Corredor, de Gilbert Rochefort y de Rolando, destacándose, en el índice de los trabajos el «Estudio de los idiomas clásicos», admirable análisis de Gil Esquerdo, en el que surge, clarísimo y apasionado, el fervor con que la América latina sigue el rumbo abierto por la cultura humanística de España.

«Cultura Nacional», es, en suma, una voz documentada y con autoridad, que nos llama a una común empresa de espíritu. Así nos complace hacerlo constar.

FERMIN
ZAPATA



SEGUROS
GENERALES



Mateos Gago, 38.

Rodrigo Caro, 1.

Teléfono 21792

SEVILLA

“Monja Quina”



Cayetano del Pino y C.^a, S. L.



JEREZ

Conca Hermanos, S. A.

CASA CENTRAL:

BENEJAMA (Alicante)

Aceites Orujo - Vinos y Aceitunas



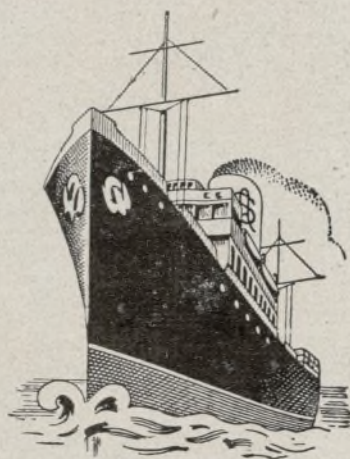
SUCURSALES:

MANZANARES (Ciudad Real)

ROCIANA (Huelva)



Alcoholes rectificadas : Vinos
- Mistelas y Concentrados. -



GROSSO Y C.^A

CONSIGNATARIOS DE BUQUES

Apartado 38

Teléfono 2329

CADIZ



“La Unión y El Fénix Español”

Compañía Española de Seguros

FUNDADA EN 1864

Domicilio legal: BILBAO

Calle ARENAL, n.º 3.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

RAMÓN GARCÍA BLANCO

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448

“Viajes Bakumar”

Baquera, Kusche y Martín, S. A.

Pasajes marítimos de todas clases.

Pasajes aéreos para la Península y Extranjero.

Seguros marítimos por la renombrada Compañía alemana **La Norddeutsche.**

INFORMES: Plaza de las Cortes, 15.

Teléfonos 1820 - 1415

CADIZ

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.

La más visitada.

Taller para aficionados.

Santa María, 15.

JEREZ

SASTRERIA Hijo de Joaquín M.^a Lahera

CASA FUNDADA EN 1868

Vestuario para Ejército y Armada - Efectos militares.

Duque de la Victoria, 3 y 5.

Teléfono 1136

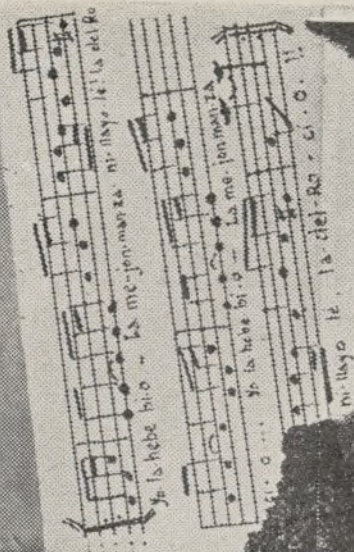
CADIZ

Tipografía M. Martín

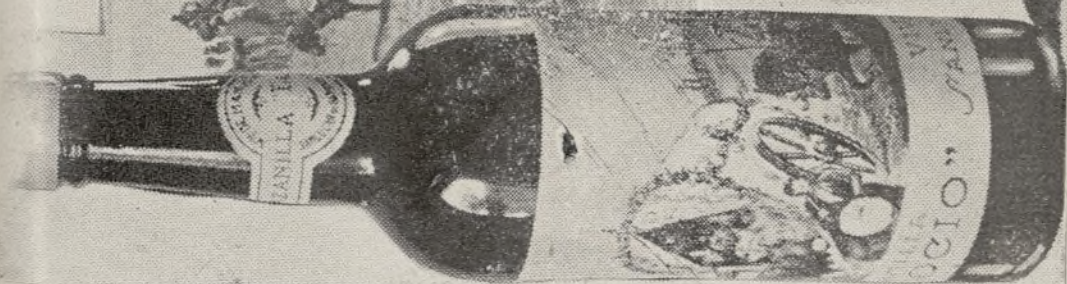
José L. Díez, 7. - Teléfono 1259 - Jerez

CASA
ESPECIALIZADA
EN
TRABAJOS PARA
EL COMERCIO
Y LA INDUSTRIA

MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANJON - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebío,
 la me-jón manzanilla
 y ¡olé!,
 la de «El Rocio».
 50 cént.



Asociación de Armadores de Buques de Pesca

DE CÁDIZ

Desenvuelve todas sus actividades
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606
2553

C A D I Z

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

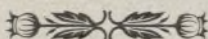
ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"
CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño,
montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

DE NUESTRO PRÓXIMO INDICE

HABLA JIMÉNEZ CABALLERO	<i>Adriano del Valle.</i>
SANTA MARÍA, VARADA	<i>F. Gómez de Travecedo.</i>
NOTAS EN AZUL	<i>José M.ª Hernández-Rubio.</i>
LO REGIONAL EN ROSALÍA DE CASTRO	<i>Angel Rodríguez Pascual.</i>
ESTAMPA CASTELLANA	<i>José de las Cuevas.</i>
SOBRE UNAS CARTAS DEL INSIGNE PEREDA	<i>Sebastián Argudo.</i>
VOZ DE LA TIERRA	<i>Rafael Manzano.</i>
SONETOS DEL ALBA	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
EVOCACIÓN DEL PADRE COLOMA	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>

P O E S I A D E :

P. PÉREZ CLOTET

JOSE MARIA PEMAN

FRANCISCO GARFIAS

ANTONIO L. JULIA

FOTOGRAFÍAS DE:

LUIS PEREZ SOLERO

ENRIQUE DEL PINO

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE

José María HERNÁNDEZ - RUBIO

y Pedro MONTERO GALVACHE

J E R E Z D E L A F R O N T E R A

Ayuntamiento de Madrid

